

CIRILO
EL
ÚLTIMO POBRE
DE
NUNCA JAMÁS

***“Lo más bello y lo más pulcro
no existirían si no estuvieran
basados en lo más sucio y en lo más terrible.
Así es y será siempre por desgracia...”***

*Del libro “La edad de las tinieblas”
JOSÉ EMILIO PACHECO*

Registro:
ISBN:AE-2012-12006764
Impreso en España

Prologo

“CIRILO,

EL ÚTIMO POBRE DEL PUEBLO: ‘UN ANTIHÉROE’

He escrito alguna vez que cada generación asiste a un mundo que se pierde. Moisés Olmos es un testigo privilegiado de una Castilla, de una España, que ya existió, en un tiempo, marcado por la guerra civil, que va poco a poco alejándose. En toda su obra, Moisés ha pasado revista a la época que le tocó vivir, a sus personajes, a sus anécdotas. Lo de menos es que su pueblo de Nunca Jamás –una pista, un guiño para el Peter Pan que todos llevamos dentro- sea Fuentepelayo o cualquiera de la meseta castellana. A lo largo de estas páginas, como de aquellas que nos regaló con sus memorias, desfila el retrato de ese tiempo, esa crónica de lo que ya sólo queda en el recuerdo. Doloroso en ocasiones, risible otras, siempre con la gravedad de la tragedia diferida. Cirilo, como muy bien explica Moisés, es el representante de un mundo perdido, un miembro de una pequeña comunidad en el que es un arquetipo. De hecho él se considera el pobre oficial, y lleva a mal incluso la competencia de los gitanos, a los que precedía su mala fama y con los que se enfrenta. En el fondo, Cirilo emerge ante nosotros no como un vago o un descreído, sino como un inadaptado en un tiempo muy difícil en el que los vagos sobrevivían de la piedad cristiana, pero con la condena unánime del pueblo y del entorno. Cirilo es la excusa del pueblo para esa piedad, y él se aprovecha a su manera. Es una curiosa especie de antihéroe, rebelde e inteligente pero incapaz de adaptarse y someterse. Un perfil complejo en un mundo solo aparentemente sencillo.

Pero ahí más. Siempre hay más en las palabras, en las historias de Moisés Olmos. Quizá porque toda su vida trascurió en el mundo del cine y de la distribución, y le quedó un regusto por las historias y la ficción, o porque quizá lo llevara dentro, desde que leía libros escondidos en su infancia, el caso es que Moisés optó por volcar sus recuerdos en palabras y darles valor literario. A través de esa sociedad que soporta o se enfrenta a Cirilo, vemos una galería de retratos y

comportamientos que demuestra un conocimiento profundo de lo que habla –se introduce como narrador y en todo momento tenemos presente esa cercanía- y una buena recreación, en la que destacan escenas concretas, diálogos exactos, como flashes de una película de época, esas en las que se ve el alma de la Castilla profunda. Esta historia de Cirilo está traspasada por esa épica, aunque algunos de sus reflejos sean más bien sombríos. El acierto del narrador es no ocultarlos y ser preciso, y ambas cosas se aprecian en su prosa.

A esto habría que añadir la presencia y descripción de los escenarios y los eventos señalados en el calendario, estampas que recrea con pinceladas coloridas, como las ferias de ganado, con la transformación de espacios y la proliferación de gentes que conllevan aquellos días de negocios y jolgorio. Las descripciones de los oficios y de los personajes principales de la comunidad enriquecen ese fresco del que destaca Cirilo, con su papel ante los focos del narrador, de hilo conductor de ese espacio y ese tiempo que ya no volverán. Pero ahí están, para que no se pierdan, desafiando al tiempo, las palabras y las historias de Moisés Olmos, segoviano, ciudadano del mundo, creador y cronista.

Alfonso Domingo

C I R I L O

-EL ÚLTIMO POBRE DEL PUEBLO-

En el pueblo de Nunca Jamás de la provincia innominada como “Tierra sin Patria” nació y murió el personaje de esta historia. Un personaje tan singular como único. Destinado a vivir en un pueblo que, por la propia evolución de los tiempos, había de ir a menos.

Nunca Jamás, como tantos otros pueblos, individualizaba y daba nombre a todo: el más rico, el más pobre; el mejor mozo o moza, el más canijo o la más fea; el más listo, el más tonto; el mejor herrero, zapatero, guarnicionero, sastre, arador, segador etc., etc. frente a su correspondiente contrario. Así se establecía la escalera por la que subía y bajaba la categoría de sus vecinos. Hubo de venir la gran mezcolanza que las posteriores transformaciones sociales ha generado, para desvirtuar tales clasificaciones.

Nuestro personaje, a quien siempre se le conoció por su nombre de pila: Cirilo -pocas personas del lugar sabían de sus apellidos-, fue en su época: “El pobre más pobre del pueblo”.

Nunca Jamás, era un pueblo-villa mesetario al estilo de tantos otros de la Vieja Castilla: totalmente agrícola y ganadero, que, en años de suaves heladas, producía excelentes peras y, cuando la lluvia le era propicia, excelentes garbanzos, sandías y melones.

Todos los años celebraba una famosa Feria de Ganado, cuyos orígenes se remontan a finales de la Edad Media, en la que participaba todo el pueblo y a la que acudían, junto a los más florido de una sociedad como la de entonces - escasa en ricos-, abundantes medianeros de todo tipo de ganado: vacuno de leche, labor o matadero; caballos, asnos y machos, ¡muchos machos!, propios de las labores agrícolas imperantes. Destacaban, cómo no, los clásicos tratantes cantalejanos, vestidos con sus negros blusones y su insuperable tralla. Igualmente, se hacían notar los gitanos.

Una vez anochecía, todo el ganado que antes llenó la gran explanada que formaba el recinto del ferial, se recogía en las cuadras o cijas de que el pueblo disponía; y los tenderetes que ocupaban la plaza y en los que se exponía quincallas y bisutería de todo tipo y colorido, aunque el dominante era el tono dorado, se iluminaban con lámparas de carburo, que resplandecían con una luminosidad de cuento de hadas.

En esas horas, los lugareños, forasteros y feriantes aprovechaban para deambular por las plazas y calles, agrupándose de manera multitudinaria ante los tenderetes sólo armados en la plaza Mayor. Y, los más folklóricos, por las diferentes tabernas, en las que los gitanos adquirían un protagonismo especial, ya que organizaban improvisados bailes y concursos de cante flamenco -a los que los payos aficionados a tal arte se unían-, que terminaban a altas horas de la madrugada.

Es conveniente hacer referencia aquí de lo mucho que estas ferias —y todas cuantas había acreditadas en la ancha Castilla la Vieja- interesaban dentro de la propia comarca y de otras muy distantes; lo que provocaba que el pueblo se llenase de forasteros y feriantes durante varios días, que improvisaban lechos en donde dormir en cualquier sobrado, cuadra o cija disponible. De estas aglomeraciones se beneficiaba el vecindario, que lograba ingresos que, siendo escasos, eran muy celebrados por todos los del lugar.

Por su historia, Nunca Jamás debió haber llegado a nuestros días mucho más poblado e importante de lo que es.

Como referencia de su glorioso pasado, conserva dos monumentales iglesias. Además, en tiempos, cada una funcionó como parroquia propia de sus respectivas barriadas. Vulgarmente se las conoce como la Mayor –la de los ricos- y la Pequeña –de los pobres...

Esto de pobre no le venía dado porque el templo fuera más antiguo o menos bello, no; se la conocía así por la idiosincrasia de sus feligreses.

Las clases de las dos comunidades estaban entonces muy marcadas. Incluso se podía decir que fronterizadas, tanto en lo económico y cultural -una, aristocrática, a la altura de las circunstancias y otra, menesterosa de lo necesario-; como en lo espiritual y religioso.

Se daba el caso, sin embargo, que las parroquias de ambas tenían, como santos de su devoción, las mismas imágenes, pero con diferentes hechuras. Cuando se las sacaba en procesión, la pasión de ambas comunidades era competitiva. Se podía decir que parecía que hasta las sagradas vírgenes, a través de sus respectivas imágenes, animaban la escenificada rivalidad.

Siempre me llamó la atención el exceso de celo practicado por los más pobres hacia los santos de su devoción en cuantas procesiones se celebraban. Pero la religión tiene tales particularidades: ricos egoístas muy devotos y pobres menesterosos cegados, dominados por una fe irracional.

Mi historia, precisamente, empieza en una época muy convulsionada; aquélla en que los enfrentamientos entre clases preludiaron lo que, poco después, estallaría en La Guerra Civil.

La Guerra Civil española, que en mi corto entender, tuvo su origen en las grandes desigualdades existentes entre esas dos clases sociales: Una clase, la “rica” surtida de todo lo necesario para vivir, si no

holgadamente, sí con lo conveniente. Frente a otra –mucho más numerosa- incapaz de proporcionar a sus seres queridos lo necesario para que no murieran de hambre.

Sin ese enfrentamiento de clases, los prolegómenos de la contienda armada entre españoles no se comprendería. Como tampoco el espíritu religioso y apostolado que surgió en España tras la victoria de los vencedores.

Pero, comencemos refiriéndonos a cómo llegó Cirilo al final de sus días. Es una tarde fría de marzo de 1980. En el pueblo de Nunca Jamás se celebra su famosa feria. La feria que nos ocupa ha variado mucho desde entonces a hoy. Ahora, el comercio de ganado se ha sustituido por el de maquinaria agrícola y ganadera. En torno a la Iglesia Mayor de Nunca Jamás, protegiéndose bajo sus soportales de la gran plaza de un intenso frío, hay un gran colectivo de gente compuesto, en gran medida, por vecinos y feriantes.

Los vecinos están allí para acompañar a su última morada el cuerpo sin vida de Cirilo, “El último pobre del pueblo”. Y, por lo que se observa, uno puede pensar que, en su condición de pobre irredento de Nunca Jamás, se había ganado una popularidad semejante a la alcanzada por el más rico del pueblo. Cirilo, “El pobre más pobre del pueblo”, había penetrado en el corazón de sus paisanos en mayor de manera inimaginables. Sus pobres restos habían recibido mayor homenaje que el de uno de los más ricos del pueblo enterrado hacía pocos meses. Gracias a la feria y sus circunstancias, nunca un funeral en el pueblo había despertado mayor interés y concurrencia.

Además de la gente que espera fuera, el templo está lleno. Y cosa rara tratándose de quien se trata, la mayoría son mujeres. Se podía decir que “Allí, dentro de la iglesia, está toda la feligresía femenina de Nunca Jamás”.

De Cirilo poco o nada se sabía en el pueblo de familiares directos. Entonces, ¿cómo ha sido capaz de interesar en su entierro a tanta gente? ¿Qué motivaciones ha tenido esta gente (sobre todo gitanos, tratantes y

quincalleros) para, con el frío que hace, acompañar al cementerio el cadáver del pobre Cirilo? Sabido es que entre comerciantes, gitanos y quincalleros, las cosas de la Iglesia apenas interesan...

Cirilo, viviendo siempre, como había vivido, a contrapelo de todos y de todo, de los hábitos y costumbres del pueblo, había de morir –una más de las suyas- el día menos indicado: el más grande de su afamaba feria.

Cuando la mayoría de los vecinos están ocupados por aprovechar todo instante en el disfrute de tal evento y nada o muy poco de misas y funerales, va y se muere; mareando a todos y a todo con el fúnebre sonar del repicar de las campanas a difunto. Siendo, como era, que en dichos días –al igual que ocurría en tiempos de la recolección en un ayer no lejano- debido a la feria todo acto religioso se contraía.

El alcalde, con muy buen criterio, reunió a algunos de sus concejales y al señor párroco para tomar el acuerdo correspondiente y de esa manera salir al frente de todo tipo de protestas.

Hubo propuesta de celebrarlo a primeras horas de la mañana. Se rechazaron, argumentando que nunca, que se supiera, se había celebrado ningún entierro por la mañana.

-Habrá que mandar al aguacil a que, a la hora prevista, dejen la calle libre de obstáculos por los que haya de circular el entierro- dijo el alcalde.

Y así fue, como el cuerpo sin vida de Cirilo atravesó, en el día más importante de la feria y a la hora más concurrida –las cinco de la tarde-, todo el recinto ferial, camino del cementerio, seguido de una gran multitud de vecinos, forasteros y feriantes.

Cirilo, toda su vida, había sido una contradicción en si mismo. Era un pobre orgulloso y soberbio. Hasta se podía decir que se sentía realizado como hombre de bien en su condición de pobre. Nunca saludó ni reverenció a nadie en busca de su limosna.

Solía salir muy de mañana a deambular por determinadas calles. Imaginemos las idas y venidas que realizó a lo largo de toda su vida. Eso sí, bien lavado y arreglado. Era de mediana estatura y de talla bien conformada a su figura. Bien por que no comiera lo suficiente o por su connatural, resultaba hasta atractivo. Sobre todo para las mujeres de las casas acomodadas, que, viendo en él, al pobre al que socorrer, le consideraban como un valor positivo a su vocación apostólica. Y no dudaban en abrirle sus puertas para darle limosna o algún presente, cada vez que lo demandara.

Las limosnas de entonces -ya se sabe- eran las normales en un estado de hambre casi general: pan más o menos duro, patatas u hortalizas tirando a rancias; alguna prenda de vestir y siempre había quien depositara en su mano algún céntimo de los de entonces. Especialmente, aquéllos que no cultivaban ninguna clase de alimentos. Por ejemplo médicos, veterinarios, comerciantes etc.

Y, cosa rara, las ayudas las recibía sin ninguna clase de aspavientos. Ni por parte de él ni de sus benefactoras nunca hubo acritud ni menosprecio.

Lo raro y extraño es que, siendo como era huraño y esquivo, había recibido, de su comunidad, atenciones sin cuento. Claro que, todo hay que decirlo, era una comunidad exageradamente misera –no misera- es decir, que iba mucho a toda devoción religiosa, ya fueran misas, rosarios o novenas.

En aquellos tiempos de fervoroso adoctrinamiento, el ir a misa y tomar la Sagrada Comunión lo tenía como obligación muchos feligreses. Llamaba la atención ver en la misma cola individuos cuyas familias, antes de la contienda, ajenas a toda práctica religiosa, hacer cola ante el altar entre los clásicos devotos. Más, las convivencias entre vecinos, a veces, obran esos milagros.

Ciertamente, en todo pueblo hubo posicionamientos políticos opuestos. En Nunca Jamás, pueblo en el que la mayoría de los vecinos eran obreros, la proporción entre los contendientes de izquierdas y

derechas era favorable a los primeros. Como muestra, el gobierno municipal surgido de las elecciones generales anteriores a la guerra, sería formado por los izquierdistas.

Los inicios de la contienda y posteriormente la victoria estuvo del lado de las derechas. Y por ello y, debido a ello, la pacífica convivencia tardó en llegar. Y, para que llegara, serían muchos los obreros alineados a los intereses de los patronos y, consecuentemente, a su idiosincrasia, en aspectos tales como, por ejemplo, el religioso. Ya se sabe “Donde manda el patrón no manda el obrero. Y la necesidad da ganar el pan de cada día mina todo adoctrinamiento.

Era normal y hasta casi obligado que, en toda comunidad de vecinos, “Toda alma pía tuviera la necesidad imperiosa de tener un alma descarriada por la que sacrificarse”.

Y no es que Cirilo, personalmente, estuviera interesado en tales prerrogativas, pues él pasaba de todas esas devociones y hábitos: Iba por libre. Ni le importaba ni le afectaba saberse objeto de tales intereses. Es más, a parte de entierros –a los que todo hijo de Nunca Jamás se sentía moralmente obligado a asistir por razones sentimentales o costumbre - nunca recuerdo haberle visto en misas ni procesiones.

Pero claro, los que frecuentaban tales actos, muchas veces habían oído la parábola de la Samaritana del Evangelio ensalzando la virtud de la caridad y de cómo, gracias a ella, era más fácil alcanzar la Gloria celestial. Lo que promovía un exagerado celo en muchas almas fieles. Razón por la cual, socorrer a Cirilo resultaba beneficioso a sus grandes anhelos por ganar el cielo.

También había, como era normal, quienes le despreciaban por vago. Él, al decir de muchos, era, además de vago, “un mala leche”. Y los chiquillos, a su paso, le cantaban:

“A Cirilo le gusta mucho el vino, a Cirilo le gusta mucho el pan; a Cirilo le gusta mucho todo, menos ir a trabajar...”

Los niños y Cirilo, como iremos viendo, vivieron siempre en guerra.

Mientras vivió, todo el mundo, poco o mucho, le trató y supo de su “mala uva”. Su natural hostil, no hacía fácil su comunicación con cierta vecindad. Muy pocos supimos de sus años de niño y adolescente. Años, en los que estuvo como enclaustrado dentro de su pequeño universo familiar. Nunca fue a la escuela. Y la catequesis, para el comunista de su padre, era “el opio del pueblo”.

De él se podía haber dicho que sólo apareció a la vida social del pueblo cuando no tuvo más remedio: Al morir su madre, que murió, como no podía ser de otra manera, como viuda menesterosa de limosnas.

Su padre había ejercido los diversos oficios que un obrero del Nunca Jamás de entonces, debía saber realizar si quería ganarse su sustento y el de su familia...

Había tantas clases de artesanos como profesiones al uso. Cosa natural en un pueblo de algo más de 1.600 habitantes, dentro de una España tan incomunicada como la de entonces.

Empecemos por decir que, referido a la agricultura, habría en torno a media docena de los tenidos por ricos terratenientes, con todas las reservas propias de una sociedad escasa de medios económicos.

Luego estaban: los “mediantines” (labradores de unas pocas tierras propias y otras de arrendadores hacendados); los labradores solamente de tierras en arriendo; y los jornaleros ocasionales de los anteriores o de lo que surgiera pues, para cubrir las necesidades vitales de la familia y, dado lo corto de su jornal, habían de valerse y realizar todo trabajo que les ofrecían.

Había quienes, junto a sus pequeñas parcelas de labradores disponían de vacas - ya para la producción de leche, de carne o dedicadas al trabajo propios de la agricultura- de rebaños de ovejas. Y, por lo general, todos criaban gallinas, conejos o cerdos, con los que abastecían –en mayor o menor medida- sus despensas.

A continuación venían los comerciantes, que iban desde los dueños de los grandes comercios, a los pequeños tenderos de todo tipo de artilugios y alimentación: taberneros, carniceros, pescaderos, panaderos, hueveros etc., etc.

Después, quienes desarrollaban el conjunto de oficios artesanos que la vecindad de entonces demandaba: carpinteros, herreros, albañiles, guarnicioneros, sastres, zapateros, peluqueros, abarqueros, (que hacían albarcas, muy en uso entonces), churreros etc.,etc.. Sin olvidar a quienes se dedicaban a la industria del ocio y entretenimiento: empresarios del salón de baile y, andando el tiempo, también del cine. (Peliculeros, al decir de la gente).

Salvo excepciones, todos tenían la imperiosa necesidad familiar y, consecuentemente, adaptar su subsistencia a sus posibilidades económicas. En muchos, insuficientes. El hambre, pues, siempre estaba llamando a las puertas de muchos...

También, como era lógico entonces, contaba con dos sacerdotes, dos médicos, dos veterinarios, y algún extraviado señorito ocasionalmente a caballo entre Nunca Jamás, Segovia y Madrid. Y, por descontado, Cirilo “El pobre más singular del pueblo”.

Todo ello, lógicamente, necesario en un pueblo de generosa labranza. Eje, en torno al cual, mejor o peor, vivían todos sus habitantes.

Las clases “sociales” estaban muy definidas. Tal era así, que siempre resultó difícil componer matrimonio entre clases diferentes.

Como también parecía estar proscrito en las entrañas del pueblo, matrimoniar con forasteros. Cuando tal cosa se daba, los mozos del pueblo, confabulados, exigían una especie de gala –en forma de gracia- para que el matrimonio se bendijera sin problemas de otro tipo. Y, cosa rara dada la escasez de dinero en efectivo que entonces padecían estas comunidades, la gala consistía en dar a voluntad lo preciso para alegrarles unas horas de taberna.

La escasez de “acaudalados”, obligaba, tanto a varones como hembras de tales clases, a matrimoniar con forasteros. Dando lugar con ello a esposo o esposas extraños a la comunidad. Siendo difícil algunos, integrarse en ellas, pues siempre les acompañó la denominación de forasteros...

Naturalmente, la forma de vida familiar más conveniente era la formada por el oficio común de la pareja: el labrador con labradora (necesario saber de tales labores); el comerciante con la comerciante, aunque fueran de diferente tipo de comercio, pero que estuviera acostumbrado/da al trato con la potencial clientela; los obreros comunes con sus homólogos en tales actividades, familiarizados con las agudas crisis económicas a que tal colectivo estaba condenado y hasta acostumbrado.

Difícilmente, un/a tendero/a, panadero/a o pescadero/a podía, de la noche a la mañana, hacer las labores de segar, despachar mercancías y las labores propias de todo oficio... Además, las bodas campesinas, normalmente, eran conformadas en base a la suma conveniente de las fincas de labor de las cuales había de vivir la familia a formar.

Por estos lares, la distribución de la herencia debía ser compartida –a partes iguales- entre todos los hijos. Lo que había degenerado en unos minifundios raquíuticos. Pero, raquíutico o no, servía a los intereses en juego.

Siendo, como era, salvo excepciones, el negocio de todos limitado y hasta, en ocasiones, mísero; las clases, en lugar de descomponerse se afianzaban, ya que, fuera de ellas, las dificultades para vivir eran mayores.

Así hubo de ser en la mayoría de los pueblos agrícolas en aquellos tiempos.

El padre de Cirilo, como el común de su clase, se ganaba la vida realizando innumerables trabajos: en invierno, empedrando carreteras y soportando -al pie del cañón- las grandes heladas y nevadas mesetarias; en primavera, las oportunidades de trabajo eran más debido

a su mejor clima y la imperiosa necesidad del escarde que el campo de entonces, sin insecticida, exigía (en el escarde, es conveniente decir, que participaban más las mujeres que los hombres).

En junio, esquilando los rebaños de ovejas del pueblo y de la comarca, era cuando mejores jornales ganaban (sabido es la gran industria que, en torno a la lana, existía por estas tierras desde la Edad Media); en el verano, con la gran demanda de mano de obra que la siega y eras precisaban, el trabajo sobraba para los obreros locales y habían de venir de los pueblos limítrofes – generalmente más pobres-. Viéndose necesitados algunos agricultores a importarlos de fuera, incluso de Galicia. A cuento de los cual, Rosalía de Castro compuso un gran poema –“Dolor y pena”- en honor de los obreros que, desde Galicia, bajaban como segadores a los pueblos de Castilla la Vieja. Donde, según ella, eran explotados inhumanamente.

Además, era costumbre obligada que los amos alimentaran y proveyeran de alojamiento a los obreros llegados desde lejos. Cosa natural, dado que eran trabajos durísimos que exigían una alimentación muy sólida y un descanso a la medida del trabajo a realizar. En cuanto a lo del lugar en el que habitarles, cualquier sobrado, cuadra o corral valía para cumplir tal requisito.

Para los obreros del lugar, pasada la recolección, empezaban los días de penuria ya que el trabajo escaseaba y el frío y las escaseces multiplicaban las necesidades vitales. En otoño, los grandes pinares de la tierra les procuraban algunos jornales, ya en su poda, ya cortando pinos para el diferente uso de su madera, e, incluso, arrancando tocones con los que alimentar los hornos donde la piedra se convertía en cal (en Nunca Jamás había varios) o, simplemente, para mantener caliente el cuerpo de quienes les trocebaban a fuerza de hacha y de la familia que en torno a la lumbre calentaba sus mal alimentados cuerpos; aunque, para hacerse con tal leña, había que arriesgarse, pues entonces los pinares o eran propiedad del Municipio o de hacendados afortunados.

Todos, eso sí, vigilados por “guardas” portadores, algunos, de viejas carabinas. Otros de menos rango, en cambio, que vigilaban los

campos de trigo o cebada, como símbolos de fuerza sólo llevaban sendas cachabas;

Los periodos faltos de trabajo, suponían privaciones vitales y, consecuente con ello, hambruna. Y, para mayor inri, las familias de la clase obrera eran, generalmente, numerosas.

Los padres de Cirilo, en los primeros años de matrimonio, habían compartido, como “intrusos”, viviendas familiares; viviendas que, en tiempos de estrecheces como fueron aquéllos, eran habitáculos reducidos, oscuros e insalubres, pero, cuya ocupación, les obligaba a ser agradecidos con a quienes les acogían.

Cansados de desaires familiares y de buscar posibles soluciones al problema, un día, en uno de sus muchos desvelos nocturnos, rumiados en la oscuridad y soledad del pobre habitáculo que ocupaban, hablaron y decidieron que aquélla sería la última noche en que vivieran de prestado.

El padre, con la idea fija de buscar un hogar propio, había reparado en la posibilidad de hacerlo entre las ruinas de una antigua fábrica de curtidos que existía en las afueras del casco urbano. Y, aprovechando la bonanza propia del mes de septiembre y con algún ahorrrillo, decidieron dar el salto.

Así, ni corto ni perezoso, la madrugada de un domingo en el que no tenía ocupación servil alguna, el matrimonio despertó a sus hijas y a Cirilo, cogieron lo que pudieron de sus pobres pertenencias, y, lo más silenciosamente posible, se dirigieron a Las Tenerías. Y en un rincón elegido de antemano, dejaron su pobreza y, con ayuda de azadones y rastrillo, limpiaron de maleza el lugar elegido, poniendo especial cuidado, que estuviera protegido del cruel cierzo.

No sólo eligieron el más protegido del frío, sino también de toda mirada indiscreta. La noche de ese domingo, según dijo a un familiar Cirilo-padre, “Fue la noche que mejor había dormido en toda su vida” de casados.

Tan discretamente llevaron el traslado que casi nadie se dio cuenta. Hay que decir que el local –la fábrica de curtidos- era propiedad de una de las familias más ricas de la comarca; familia que, pasado el tiempo, había encauzado sus actividades hacia las carreras universitarias y la política y, en la actualidad, los descendientes, indiferentes a los quehaceres de Nunca Jamás, disfrutaban en Madrid de una holgada posición económica y social. Nunca más se supo de ellos.

“De esta parte (mes de septiembre) al invierno procuraremos acondicionarla de forma que el frío no nos mate”, dijo el cabeza de familia a su cónyuge.

Con mimo –entre todos, menos “el pequeño Cirilo”- fueron dando a tal espacio aspecto de vivienda. La esposa era muy trabajadora y hacendosa y, cosiendo para otras casas, ganaba unos míseros reales o recibía como pago, pan, hortalizas, patatas y hasta el aguinaldo cedido por alguna familia de acomodados del barrio. Por descontado, ropa usada sin utilidad para los dueños...

Lo primero que hicieron fue cubrir el hueco de la puerta de entrada. La antigua había sido arrancada y quemada por los gitanos que bajaban a la feria y se apostaban en la explanada que circundaba Las Tenerías.

“Desde ahora -se dijeron- quien quiera entrar aquí tendrá que llamar y esperar que le abramos”.

En esas ruinas jugaban los chicos del barrio. Y, como era del dominio público que no tenían amo, ningún vecino recriminó e incomodó su traslado. Y así fue como –con el tiempo- se fue imponiendo en la comunidad de vecinos su presencia y acomodo en el lugar. Y nadie, nunca, se metió con ellos.

Conocí a Cirilo siendo niño –cinco años-, gracias a que la parte trasera de la vivienda de mi abuela, daba a la explanada de las Tenerías y, en esta explanada, realicé yo mis primeros juegos infantiles.

Mi abuela, encargada de cuidarme –mientras mi madre dedicaba su tiempo a otras obligaciones- solía sacarnos -a su silla y a mí- durante

muchas horas y días, a Las Tenerías. Ella cosía y yo jugaba con lo que se terciara...

Ella fue la que me ilustró respecto a las vivencias y circunstancias de la familia de Cirilo.

Por ella supe de qué clase provenían, de familiares y referencias políticas. Pero, sobre todo, me habló mucho de Cirilo-hijo. De las broncas con su padre, que no aceptaba de buen grado el que se pasara los días haciendo de vago mientras él, la madre y las hermanas se desvivían por buscar trabajos con los que atender las necesidades del hogar.

Parece ser, que la familia había recibido con tanta alegría el nacimiento del único varón que, desde la misma cuna, le habían mal criado, sobre todo su madre y hermanas.

Entonces, contar con un varón era el sueño de todo matrimonio. Tal era así, que, en los hogares de obreros y agricultores, los padres incapaces de engendrar varones, se tenían por desgraciados. Tuve ocasión de conocer a matrimonios que, anhelando un hijo, engendraron cuatro y cinco hijas..

Todo trabajo a realizar era duro, ¡muy duro! Las mujeres de pueblos agrícolas como Nunca Jamás, no realizaban trabajos propios de hombres, tales como arrancar piedra en las canteras, desmenuzarla después a golpe de martillo para formar con ella el firme del de ellas, o la construcción de casas y todo tipo de paredes. Cortar pinos, arrancar sus tocones, esquila todo tipo de animales, trabajar en fábricas de madera o harina. Nunca vi a una mujer arando tras una yunta, ni cavando una cacera, ni cortando pinos etc. Trabajos, todos ellos, que eran los que generaban los pobres ingresos con los que subsistir.

Las mujeres, en cambio, en todo este tipo de familias, se las dedicaba a “servir” en casa de los “señoritos” o de quienes las necesitaran. Y a coser. Eso sí, saber coser para la mujer de entonces, era obligado.

No es de extrañar pues, que para los padres de Cirilo, como para tantos otros, el nacimiento de un hijo varón, fuera celebrado con mucho más júbilo que el de una hembra. Como tampoco era de extrañar que los varones únicos fueran cuidados y mimados con excesivo celo, sobre todo por sus madres. Algunos de ellos terminarían asumiendo después modales afeminados que, en muchos casos, incordiarían su existencia.

Cirilo, parece ser, que nació muy débil y tuvo una infancia enfermiza, por lo que hubo de recibir atenciones médicas extras.

Difíciles de pagar y agradecer, pues siendo, como eran, tan pobres, ¿con qué iban a obsequiar al doctor de turno?

Fuere por esta delicadeza o por otras, lo cierto fue que Cirilo –según mi abuela- nunca tuvo una vida normal.

La madre de Cirilo, según el decir de alguna vecina, le tuvo durmiendo con ella hasta una edad indebida. Y ello fue así, se dijo, porque era tanto el frío durante el invierno, que hubiera sido peligroso para su salud, dormir solo. Esto, qué duda cabe, hubo, de alguna manera, referido al sexo, a insensibilizarle. Poco o nada, a lo largo de su vida, pareció preocuparle el tema sexual, ni nunca se vio acusado de este tipo de tentaciones. De ahí que, el protagonista de esta historia, estaba entre éstos tenidos por el común de los vecinos por “raros”.

-A Cirilo –oí decir a las vecinas, mientras cosían en un rincón de una plazoleta que había en el barrio- no le vamos las mujeres...

-Ni las mujeres ni los hombres –dirían otras- Hasta para eso es vago –sentenciaban.

A la edad de 12 años, Cirilo perdió a su padre y creció, como un parásito, bajo la tutela de madre y hermanas. Nunca, ningún vecino vio a Cirilo trabajando en ninguno de los trabajos habituales. Siempre le vieron sentado a la puerta de su casa o deambulando por las calles del pueblo, cuando menos gentes circulaban por ellas. Con este proceder, el concepto de vago se extendió por todo el pueblo. Y, debido a ello, sin duda, ya adulto, ningún necesitado de obreros, se acercó a su casa

ofreciéndole un trabajo Y, si alguno se lo ofreció, él lo rechazó: Cirilo no había nacido para trabajar para nadie...

Únicamente se sabía, por los comentarios de su madre y hermanas, que trabajaba en la huerta y que, gracias a él, cosechaban tanta hortaliza. Mi abuela, en cambio, conocedora de la holgazanería de Cirilo, sabía de la poca ayuda que les prestaba, incluso en esas labores.

El gran patio en el que, en su día, aparcaban los carromatos para el trasiego de las pieles, ya para curtir o curtidas, la familia lo había convertido en huerta. Lo limpiaron de escombros, cavaron cuanto estimaron conveniente, arreglaron un antiguo pozo y, llegado el tiempo conveniente, plantaron tomateras, lechugas, pepinos, patatas, berzas y, en menor medida, otras hortalizas.

Su suelo, abonado por las heces de muchos animales, resultó ser muy fértil. Tanto fue así que, ya la madre, ya las hijas, pudieron vender a la vecindad patatas y hortalizas, cuyos ingresos, pequeños sin duda, ayudaban a su manutención.

Yo llegué a conocer la “vivienda” , acompañando a mi abuela, a la que la madre de Cirilo tenía en gran estima.

Muchas veces oí decir a mi abuela que no se explicaba de qué vivían.

-Sin un hombre que trabaje y que lleve un jornal, es muy difícil salir adelante. Y menos mal, sólo son tres... Otras se han quedado viudas con cinco, seis y hasta diez hijos.

Familias, como ésta, sin oficio ni beneficio, sobre todo en invierno, hacían sus compras en los comercios, generando deudas: en los más, anotadas en un cuaderno que el comerciante tenía destinado a tal efecto. En las panaderías, por el contrario, usando una especie de regla de madera endientada en sus cuatro esquinas. En la que, a la manera de las sierras, se iban macando dientes como dato de haber entregado al cliente una hogaza de pan no pagada. Diente que, una vez hecho efectivo su pago, se achataba.

¡Hay de aquellas familias que no cumplieran el compromiso adquirido! Habían de acudir a la mendicidad para no morir de hambre. También, todo hay que decirlo, había almas caritativas que, conocedoras del problema, seguirían fiándoles.

El hambre que pasaron en tales épocas muchas de aquellas familias es imaginable; pues inviernos hubo en los que, el mal clima, no facilitó el tan necesario trabajo, pese a que el frío exigía mayores alimentos y mejor fuego..

-A veces, la madre acudía a mí para pedirme leña con la que alimentar el imprescindible fuego –solía contarme mi abuela, refiriéndose a la familia de Cirilo-. En fin -terminaba siempre diciéndome- un rosario de angustias familiares. ¡Pobre gente, cuánta pena me daban!.

Personalmente, llegué a contemplar como la madre y hermanas de Cirilo formaban parte del grupo de vecinos (mujeres y niños), víctimas de una situación parecida, que, cada sábado por la mañana imploraban la limosna salvadora ante las puertas de la gente más acomodada del pueblo. ¡Todo un triste espectáculo!

Cirilo, en cambio, nunca fue en tales procesiones de menesterosos. Él no quería ni por asomo aceptaba tal humillación. La pobreza en él era menos fuerte que su orgullo:

-Yo no he nacido para ser esclavo de nadie.

Ni las tundas que le dieron, le harían cambiar.

-Prefiero morirme de hambre antes de hacer lo que me pedís –dicen que les daba como contestación.

-Pero si no trabajas, te morirás de hambre –le solían decir.

Pero no, Cirilo no murió de hambre. Murió de viejo, con 80 años.

Su madre murió años antes de estallar la Guerra. Fue un duro golpe para los hermanos: para Cirilo, no sólo había sido su apoyo afectivo,

también, gracias a ella, mejor o peor, todos los días tuvo algo que llevarse a la boca. Una madre difícilmente tolerará que sus hijos pasen hambre. Luchará hasta el infinito para encontrar lo que, para alimentar a sus hijos, necesita.

En aquellos años anteriores a la Guerra Civil, Cirilo alimentó su vocación política, forjada eso sí, con lo que había oído a su padre, familiares y conocidos y leyendo periódicos viejos y usados que conseguía como podía o que le daban en alguna de las casas señoriales en las que era bien servido. En estos periódicos, preferentemente, leía lo que en ellos escribían los líderes de la izquierda; por lo que, a su manera, “se hizo comunista” y le gustaba presumir de ello.

Vecinas había que, como mi abuela, les compraban patatas, tomates y, en ocasiones, huevos y conejos; ya que, aprovechando las amplitudes de las ruinas de la fábrica, “criaban de todo”. Incluso ratas.

Por entonces, Cirilo, tenía un perro con el cual jugaba y paseaba por el amplio campo cerealista de Nunca Jamás.

El perro y Cirilo gustaban de jugar con las ratas que en sus trampas se colaban y, acompañado de su excitado can y de las infelices ratas (éstas, en un saco dentro de cual iba la jaula) se dirigía a la pradera que tenía frente a su casa. En ella, las soltaba una por una para que el perro las persiguiera hasta matarlas.

El espectáculo era emocionante. Yo, de niño, lo presencié varias veces. Sentía mucho miedo y repugnancia hacia esos bichos. Y, cuando la rata salía corriendo, el miedo se convertía en pánico. Pánico, que desaparecía tan pronto el can, después de una ligera persecución, con ferocidad, las mataba. A veces éramos varios los niños –y no tan niños– los que presenciábamos las persecuciones.

Hoy, sin duda, el espectáculo resultaría cruel para muchos; pero entonces, dada la falta de alimentos en muchas familias, vecinos había que, incluso, se las comían...

Las matanzas de entonces, además de ser un acontecimiento familiar,

propiciaban que, por tradición o costumbre, se obsequiara con los “menudos del animal” a familiares y vecinos. El reparto consistía en un trozo de sangre cocida y otros de la asadura. Tan escaso -pero exquisito-aguinaldo se servía en dos platos; en uno se depositaban los menudos y con el otro, vuelto a revés, se tapaba para evitar suciedades y curiosidades.

El reparto se encomendaba a las hijas adolescentes o nietas de la familia, que siempre recibían una pequeña gratificación del obsequiado, ya en monedas de céntimos ya en onzas de chocolate o caramelos.

Mi abuela tenía por costumbre hacer llegar uno de estos aguinaldos a la familia de Cirilo. Ninguna de las otras agraciadas con tal presente lo agradecía tanto como la madre –después las hermanas- de Cirilo. A esta casa, por miedo a Cirilo, las nietas no querían ir y habíamos de ser lo chicos los que lo hiciéramos.

Y no lo hacíamos con gusto. El nunca nos dio ni las gracias. Y para llegar a su casa por la noche –que era la hora escogida para el reparto de la pitanza- había que armarse de valor.

La luz eléctrica llegó a Nunca Jamás en el año 1909. Pero, claro, el que llegara no quiere decir que llegara a todas las casas del pueblo ni a todos los barrios.

En la casa en que nací no estaba aún instalada; a la que se trasladaron mis padres poco después de mi nacimiento, sí. En esta vivienda, la única luz eléctrica existente consistía en una débil bombilla, puesta en un ventanuco que comunicaba cocina y cuadra a través de un sucio cristal. Digo sucio, porque siempre le recuerdo lleno de telarañas, sobre todo por la parte que daba a la cuadra. El resto de los habitáculos, según los horarios y necesidades, serían alumbrados con faroles, candiles y velas. Recuerdo que de niño, mi madre, para subir a mi dormitorio, me daba el farol –era el menos arriesgado- y yo, con él en la mano y más o menos miedo, subía las escaleras, llegaba al dormitorio, dejaba el farol sobre una mesilla y a dormir. Mi madre, al rato, recogía el farol y con su luz iluminaba otras habitaciones.

Las Tenerías estaban en las afueras del pueblo. Y, cosa natural, carecían de luz eléctrica. El habitáculo de Cirilo nunca dispuso de alumbrado eléctrico, con lo que podemos imaginar la penumbra en que Cirilo y su familia vivieron.

A ningún niño se le ocurriría ir por allí solo, una vez anochecía. Sobre todo en invierno...

Sin embargo, ir en cuadrilla nos era divertido. En ocasiones, el objetivo de tal divertimento era Cirilo. Ya hemos dicho el mal genio que tenía y que, además, nos tenía declarada la guerra los chicos.

Más de una vez, para cabrearle, ya de noche, nos llegábamos a su puerta, atábamos a su picaporte un hilo o cordón y, sigilosamente, nos ocultábamos en algún hueco de puerta en desuso o en alguna de las esquinas del entorno, y dale: a tirar del hilo o cordón para accionar el picaporte. Oíamos a Cirilo preguntar por quien llamaba, manifestar desagrado por lo impertinente de la hora y, sin abrir la puerta, como nadie le daba respuesta, refunfuñando, regresar a donde estuviera.

Volvíamos a tirar de lo que fuera, oíamos como sonaba el picaporte y escuchábamos al iracundo Cirilo sus malhumoradas protestas. Esta vez ya abría la puerta, observaba el picaporte, descubría el hilo o cuerda, empezaba a soltar su retahíla de juramentos y, cogiendo el hilo, dirigirse hacia donde nos encontrábamos escondidos.

Iba cogiendo piedras con las que trataba de alcanzarnos. La necesidad de andar a oscuras por aquellos arrabales, le había familiarizado con el entorno y, andaba por él cual si fuera de día. Como almas que lleva el diablo, pero más torpemente, salíamos en estampida ya por la carretera, ya por el calzadero, y por cuantos lugares nos alejaran de él.

El 19 de Julio (el siguiente de la declaración de la Guerra Civil), por la noche, llegó al pueblo una camioneta con unos cuantos hombres uniformados y armados. Eran falangistas. Venían de Valladolid. Tomaron posesión del Ayuntamiento y empezaron a detener a quienes más se habían significado como de izquierdas. Los tenidos por

“comunistas”, según algunos vecinos. El pueblo, muy alterado, tuvo el comportamiento que cuadraba a su ideología:

Los tenidos por “de derechas”, a la plaza, a vitorear a los recién llegados y, en sus casas, creyéndose víctimas desprotegidas, se cerraron los tenidos por “enemigos” o izquierdistas.

Pero éstos no sabían que los recién llegados eran portadores de una lista en la que figuraba alguno de sus nombres. Parece ser que, como flamante falangista, uno de los hijos de Nunca Jamás, que estudiaba en Valladolid, les debió de informar al respecto.

Así que, mientras unos falangistas arengaban a sus simpatizantes en la Plaza Mayor, otros fueron, casa por casa, deteniendo a los más exaltados izquierdistas.

Cuando mayor era la concentración de simpatizantes frente al Ayuntamiento, una voz, ¡un grito!, rasgó la oscuridad de la noche:

-¡Traidores! ¡Viva el comunismo! ¡Muerte al clero!

Los tres o cuatro falangistas que hacían guardia a la puerta del noble edificio, con sus pistolas a punto, salieron corriendo en busca del dueño de aquella voz insultante. Pero la plaza es grande y quien dio el grito conocía bien por donde escabullirse. No fue localizado.

Nunca se llegó a saber quien había sido el loco o valiente que desafiara de tal manera a los orgullosos falangistas. Para muchos vecinos, fue toda una hazaña...

Alguien, entre ellos mi abuela, pensó que pudo ser Cirilo...

Las Tenerías hace linde con la carretera principal que, por sus arrabales, cruza el pueblo, y, es fachada de una especie de plazuela que lo hacia con la calle de mayor trasiego de ganados y enseres. Y también, como he dejado dicho, del calzalayo por el cual circulaba el agua que, la fuente principal de abastecimiento al centro de la población, mandaba al arroyo.

El cazaloyo, lugar muy angosto para circular por él, máxime de noche, era el sitio más apropiado por el que huir. Sobre todo si quien te persigue no lo conoce y quien huye es capaz de andarlo con los ojos cerrados.

Tenían un genio del demonio. Como alguien le hiciera algún reproche, respondía con una retahíla de insultos, acompañados de las consabidas blasfemias. Para él, Dios y la Virgen, sólo existían como objetos con los que “ensuciar su lengua” y cabrear o irritar al paisanaje. Su boca era como un volcán en ebullición. Cuando alguien le amonestaba, irascible como él, los dos llenaban el aire de improperios y blasfemias. Blasfemias, sí, pues aunque estuvieran prohibidas -o quizá por eso- entre los extractos humildes, se utilizaban, ya como piedras arrojadas hacia los muy religiosos, ya como interjecciones habituales en sus conversaciones.

Serían muchas las veces que Cirilo, como un reptil cualquiera, se precipitaba en “su guarida”, huyendo de algún interlocutor agresivo. Una vez dentro, cerraba la puerta, azuzaba al perro -siempre tuvo uno- y seguía desde dentro insultando al enfurecido.

Nunca nadie oso forzar aquella destartalada puerta para tomarse su venganza.

Era de conocimiento público que Cirilo, al amparo de la República (1.931 al 18/7/1936) y del movimiento obrero con ínsulas comunistas que proclamaba un reparto popular de la tierra; había entendido que aquellas ruinas, por estarlas habitando, eran suyas. Y, con razón o sin ella, así se lo hizo creer a todo el mundo. Cosa fácil en una época en que, como aquella, el Gobierno era amigo de enunciarse como Popular y, consecuentemente con ello, sus intenciones -hechas leyes o no-, auspiciaban a hacer realidad aquello de que la riqueza era del pueblo y por lo tanto debía serle devuelta. Y nuestro hombre, mejor que otros, asumía ese derecho y no admitía razonamientos en contra:

-Las Tenerías son mías -decía a cuantos hubiera necesidad de decir.

La Guerra Civil pasó de sus circunstancias cívicas: Por edad, no fue

movilizado, y por el desasosiego que producía la incertidumbre de quien sería el vencedor, nadie del pueblo, por miedo a perder la guerra, hizo nada por desalojarle.

Como se ve, trabajar, lo que se dice trabajar, seguía sin hacerlo; pero, como hijo de obrero, en espíritu, defendía y defendió toda su vida los derechos de los obreros.

En el aspecto religioso, era un negado. Según decía mi abuela, había jurado no entrar nunca en una iglesia.

Cuando su madre fue enterrada, se quedó fuera del templo haciendo compañía a quienes, como él, consideraban a la religión “su enemiga”.

Debido a un comportamiento “tan escandaloso”, gente pía hubo que le tenían jurado aquello de:

“Si quieres mi limosna ve a misa. Y, si no vas, tú te la pierdes”

También, todo hay que decirlo, ésta era una de las razones por las que no formó parte de la comitiva de pobres que, como mendigos, seguirían en la posguerra, haciendo su peregrinaje a las puertas de las casa más o menos ricas, un sábado tras otro.

La guerra se llevó muchas cosas suyas. La más importante, no haberle reconocido como propia la casa en que vivía. Lo que confiaban conseguir, de haber seguido gobernando “sus amigos, los comunistas”. Ello no impidió que siguiera creyéndose dueño del espacio que ocupaba su vivienda y de ésta.

Su hermana – a la sazón solo vivía con la más joven- le abandonó para irse a vivir con una tía a un pueblo de la Sierra de Madrid.

Yo entonces ya tenía edad para entender muchos comentarios de la gente. Uno de ellos hacía referencia a que Cirilo y su hermana, aliviaban el duro frío de los inviernos de la comarca, acostándose en la misma cama. Como nunca habría forma de saber si era verdad o mentira, pues en aquel habitáculo nunca entró un extraño, cada cual aceptaba aquello que mejor cuadraba a su estima hacia los hermanos o su conciencia católica.

Pero, con el frío tan terrible que habían de padecer quienes habitaran una casa tan destartada carente de animales y, consecuentemente, falta de su grato calor, escasos de leña y de mantas. ¿Qué de extraño y anormal podía considerarse tal comportamiento?

Cirilo encontró, en su hermana, la sustituta de su madre. Y, la verdad era que aquella le quería como si hubiera sido hijos suyo.

Lógico, pues, que buscara darle el calor necesario para que no se muriera de frío...

Una vez oí como mi abuela le decía a una vecina:

-Por mas que me lo quieras hacer creer, no lo creo. Paula -así se llamaba la hermana de Cirilo- es una buena chica y Cirilo, el pobre, no piensa como le resto de los hombres. A lo mejor duermen juntos con la sola intención de combatir el frío.

Ahora Cirilo, libre de la protección de la hermana, se consagró por entero a su ociosa vida, yendo poco a poco organizando paulatinamente su vida como pobre y demandando, con discreción, la consabida y necesaria limosna. Dejó de cosechar lo que más trabajo y tiempo demandaba. Redujo la superficie a explotar y se limitó a tener, como excepcional entretenimiento, un poco de todo.

“El que quiera comer patatas que las siembre”, –dicen que dijo como justificación.

Fuera de su condición de vago irredento, pocos de sus vecinos estaban más libres de vicios que él.

Y lo que, para las personas normales parecía ser un suicidio, vivir como mendigo, Cirilo, en cambio, lo tomaba como un derecho o gracia.

Parecería que tuviera un conocimiento profundo de que lo que hacía, en su caso, era lo correcto: vivir de la caridad de sus devotos vecinos; pues aunque no fuera a la iglesia, sabía de la obligación que la religión impone a sus devotos en forma de ayuda al prójimo menesteroso.

En su fuero interno debió pensar que, en cierto modo, podía ser un trampolín para que tales devotos alcanzaran su anhelado cielo. Para evitar dar las obligadas gracias y reverencias que la mendicidad demanda, de manera calculada, optó por utilizar la boina como avanzadilla. A veces, como por distracción, la dejaba en el umbral de la iglesia o de ciertas puertas, confiando en la generosidad de “su gente”. Boina de la que, a cierta distancia, no quitaba la vista.

El recogimiento que a la salida de la Iglesia suele embargar a muchos feligreses, preferentemente a los que comulgan a diario o casi a diario, propiciaba la correspondiente dosis de caridad que la limosna confiere a los donantes que la toman. Redentora “providencial” de los pecados, veniales o graves, de una feligresía altamente concienciada en su fe.

¿Quién que, todo oídos, ha escuchado una plática evangélica a un sacerdote enfervorizado, no ha tomado la santa comunión con vocación de santo? Y, sintiéndose perdonado, se ha regocijado después como dador de una limosna beneficosa para el prójimo y, especialmente, para sí mismo.

Aunque, siempre había gente que, a pesar de la religiosidad que manifestaba en cuantos actos al respecto se organizaban en el pueblo, le negaban su limosna, apoyándose en la condición de vago y poco amigo de las cosas de la Iglesia que el tal prójimo mostraba.

Más, nunca volvía a casa con las manos vacías porque, igualmente había fieles que asumían el hecho de que “La limosna ayuda más a quien la da que a quien la recibe” Lo cual es evangelio puro.

Para comprender mejor las circunstancias de Cirilo y ciertos feligreses de Nunca Jamás, debemos referirnos a los fenómenos religiosos actualizados en España en el periodo 1945/1970.

Por aquella época, la Iglesia, a través de la Comisión Episcopal (entonces muy cohesionada y fuerte) creyó conveniente la creación de CÁRITAS, con la que buscó una forma de ayudar a mitigar el hambre de gran parte de la población española. En el año 1947 se aprobó su

constitución y empezó a funcionar y a dar sus frutos; frutos, que, desde entonces hasta hoy sigue dando en abundancia...

Los Ejercicios Espirituales, ya en casas diocesanas habilitadas al efecto y abiertas durante todo el año, ya en las parroquias durante la Cuaresma, eran habituales en aquellos tiempos. Fueron muchos los cristianos adoctrinados en la Caridad Cristiana que pasaron por ellos y que, cuando salían, radiantes de fe, ejercían un apostolado caluroso entre los menesterosos de su diócesis, pueblo o vecindad.

Eran, igualmente, de destacar los Cursillos de Cristiandad, instituidos en el año 1961 en Ciudad Real por el Reverendo Obispo D. Juan Hervás, mallorquín. Su implantación en toda España fue espectacular. En Daimiel (C.R.) fue abierta “Su Casa Fundadora”, por la que pasarían, de ministros para abajo, toda una gama de gente acomodada, rural y hasta menesterosa. Era normal tutearse entre los cursillistas. Lo que dio lugar a despropósitos exagerados. Tuve ocasión de oír como a D. Alberto Martín Artajo – todo un Ministro de Asuntos Exteriores- y un habitual de esos cursillos, le tuteaba un don nadie.

Este ambiente tan apasionado como apasionante, influyó mucho en ciertas devociones. Eran frecuentes las visitas que tales ejercitantes o cursillistas hacían a los hospitales, a la sazón, muchos llenos de enfermos tuberculosos.

Tan activadas estaban muchas conciencias españolas de la época, que en el año 1961, Luis G. Berlanga dirigió la película, titulada “Plácido”, en la que coló –cual guante a su medida- este enunciado: “Ponga un pobre a cenar a su mesa estas N navidades”.

Cosa que, ni como excepción, se hacía. Una cosa es dar una limosna a un mendigo y otra muy distinta sentarle a tu mesa y menos –si las comparaciones sirven- en Navidad.

El gran artista Cassen hacía el papel de pobre con gran maestría, y el público captaba la solapada intención de Berlanga sobre la caridad - un tanto esperpéntica- entonces imperante, practicada por la gran burguesía católica nacional...

También entonces surgió, como una fuente de gracia divina, la preocupación por las muchas almas de la China comunista, sustraídas a la divinidad del Dios de los cristianos. Y, desde todas las devociones al uso, surgieron apostolados, clamando y rezando, por la salvación de las almas de los niños chinos.

A través de La Orden de Misiones Pontificias, se dieron consignas específicas. Sabido es que el aparato propagandístico católico, en todo lugar que domina o gobierna, no deja ni un simple pueblo o caserío libre de su influencia. Ninguna otra organización humana ha contado con tan espectacular servicio propagandista: sacerdotes, órdenes religiosas, Acción Católica, Hijas de María, misioneros y un sin fin de movimientos seculares fueron los encargados de propiciar el “milagro”. Pues, considerado como milagro es para los creyentes, que el cristianismo perdure después de 2000 años.

Debido a ello, un domingo de octubre hasta hace pocos años, los colegios españoles –fueran o no dependientes de la Iglesia- organizaban colectas a favor de los niños chinos. Seguro que nadie de aquella época ha olvidado la estampa que tales colectivos organizaban exhibiendo como reclamo la esfinge del rostro de un niño chino.

Me consta que las colectas fueron notorias. Se decía que “Mayores que las conseguidas en la campaña contra el cáncer”.

Era muy estimulante y conmovedor ver el simpático rostro de un niño chino –alma errante- en una hucha que te ponen ante tus narices como demanda de tu caridad.

Nada de extraño tiene, pues, que aparecieran en los pueblos numerosos devotos ganados por tales eventos espirituales, que propiciaron ayudas a muchos menesterosos. En la actualidad, como ocurre con tantas cosas relacionadas con la virtud de darse al prójimo, se las ignora u olvida, quedando únicamente -a nivel nacional- un tierno recuerdo.

Ese gran movimiento apostólico se dio también en Nunca Jamás. De ahí, que fueran muchas las personas –sobre todo mujeres- dispuestas a

hacer su apostolado a través de Cirilo, en quien veían una especie de escalera con la que ascender al anhelado Cielo.

“Ellos también son criaturas de Dios cuyas almas deben ser salvadas del fuego eterno”.

De tal anhelo -sobre todo durante la cuaresma- se beneficiaba todo mendigo que limosneara por las calles del pueblo. Desde luego, Cirilo, más que ninguno, pues ningún otro contaba con tanta benevolencia por parte de la vecindad.

Al socaire de ese espíritu religioso, se construyeron en las afueras de muchos de nuestros pueblos una especie de chamizo, en la que, en invierno, pernoctaban los mendigos.

Esa “vivienda” recibió en Nunca Jamás el expresivo nombre de “La Pobrera”. Era, como un dado, cuadrada, con una bien armada construcción y una única entrada -sin puerta-, orientada al Sur para evitar el cruel cierzo que azotaba la zona. Por su única entrada pasaba, además de los ocasionales huéspedes, el frío irredento de los crudos inviernos. Y, por ella, claro está, había de salir el humo del fuego -con leña o brozas- que alimentaban sus inquilinos para paliar el frío. De ahí, que las paredes y el entorno de dicho hueco presentara un aspecto, debido al humo y el hollín, ennegrecido.

Cirilo odiaba dicho “garito” y, también, a los mendigos asiduos a él, que, generalmente, eran de fuera; no faltando los que descendían, como Don Pelayo, de la alta Asturias; en la que las minas echaban cantidad de mutilados a la mendicidad.

“Si yo no voy a su pueblo, ¿por qué han de venir ellos al mío?”, argumentaba.

Pero, no todos los “sin techo” que pasaban por Nunca Jamás se “hospedaban” en “La Pobrera”, sino que Cirilo, cada dos por tres, solía tener vecinos no deseados: gitanos, quincalleros, hojalateros, húngaros, vagabundos y...

El escampado de Las Tenerías era amplio y estaba muy protegido de las inclemencias del tiempo, tanto en lo que se refería al frío, como al excesivo calor del verano. En el decir de todos, Las Tenerías era un rincón privilegiado para acampadas de esa especie de marabunta que deambula por toda población, de paso, o en ferias o fiestas.

Me contaba mi abuela que, todos querían lo mejores espacios. Y que había familias de gitanos que adelantaban el día de llegada a la feria para instalarse, un año tras otro, en el lugar preferente. Esto, claro está, contrariaba a la comunidad de vecinos por cuanto existía el temor de, a más días de permanencia, más robos de...

Las peleas que motivaban tales ocupaciones eran espectaculares; pues en ellas participaban igualmente hombres, mujeres que niños.

Los gitanos y quincalleros –decía mi abuela- suelen tener muchos niños. Parece mentira que tengan tantos viviendo como viven de un lugar para otro, siempre faltos de lo necesario... Pena da ver a esos niños hambrientos y sucios revolcarse en el mismo lugar que las bestias. A veces se pasan horas llorando –terminaba diciendo, con dolor.

Cirilo, por descontado, era el protestón irredento.

En toda feria o fiestas, según iban llegando “sus nuevos vecinos”, Cirilo se armaba lo mejor que podía, si no para atacar, sí para defenderse. Entonces sí se mostraba activo, pues reforzaba la puerta de entrada y cubría con zarzas y lo que primero encontrara huecos y ventanales. Y hasta se armaba de piedras con las que ahuyentar a los perros y, si se terciaba, a algunas personas.

Pero este proceder venía de lejos: Su padre, más de una vez, hubo que defenderse como pudo para evitar que los gitanos le robaran espacio. En ocasiones, incluso, acudía al alcalde para que lo impidiera. Cosa que, dada su buena amistad, conseguía.

En una ocasión, los gitanos se empeñaron en atar sus bestias en argollas clavadas en la pared de la fachada de su residencia. Cirilo protestó pero no le hicieron caso. Como eran muchos y él un

insignificante, hubo de callarse. Pero, acto seguido, seguramente recordando el éxito de su difunto padre, ni corto ni perezoso, se dirigió al cuartel de la Guardia Civil con el ánimo de que su autoridad –muy temida por la gitanería- les obligara a no atarlas.

Pero, claro, la Guardia Civil no era el alcalde amigo de su padre. Este cuerpo entiende poco de amistades y simpatías y, lo suficiente o mucho, de ordenamientos y leyes.

-¿Pero, de verdad –dicen que le preguntó el agente que le recibió- es tuya esa casa?

Cirilo no iba preparado para tal pregunta. Se quedó cortado y por toda contestación lo único que dijo, fue algo así:

-Si, Las Tenerlas son mías. Lo sabe todo el mundo...

-Sí, ya –le replicó el guardia-, yo llevo años viviendo en el pueblo y a nadie he oído decir tal cosa. Antes, al contrario, todo vecino de Nunca Jamás dice que no...

-¡Pues es mía y muy mía! La heredé de mis padres...

-¿Que la heredaste de tus padres? Pues si eso es así, tráeme un documento acreditando que Las Tenerías son propiedad de tus padres y yo mismo iré a echar a los gitanos de tu puerta. . .

Cirilo salió echando sapos y culebras -en silencio, claro- contra el guardia, contra Franco y contra todo bicho viviente que se le ocurrió.

El guardia, sin disimulos, cuando Cirilo cerró la puerta tras de sí, soltó una sonora carcajada.

De vuelta a su casa fue pensando qué podía hacer para dar un golpe de autoridad ante aquella “gentuza”. Y se le ocurrió, ¡vaya si se le ocurrió!

Esa noche la iba a pasar en vela. Y, sigilosamente, una vez dormidos los intrusos, soltaría los ramales de cuantos animales pudiera de los que estaban atados a argollas sujetas a “su pared”.

“Iban a saber esos miserables como se las gastaba Cirilo”.

Y así lo hizo: Una de sus grandes cualidades era lo silenciosamente que sabía moverse. De naturaleza delgada y de sigilosos modales, podía pasar, a poca distancia de uno y éste no enterarse. Tenía modos de felino cuando la ocasión lo demandaba. Esa noche necesitaba de toda su experiencia para realizar lo que se proponía. No sólo tenía que evitar despertar a los humanos, también a los perros que custodiaban el carramato en el que los gitanos dormían.

A eso de las tres de la mañana, salió de su casa por una excusada salida sólo por él conocida y, ya de pie o a gatas, abordó la pared objeto de la afrenta, empezando a soltar los ramales con los que estaban atadas las bestias. Al verle llegar, una de ellas, un tanto esquiva, entonó una especie de relincho provocando en Cirilo un gran susto. Ante el temor de ser descubierto, se agachó para hacerse invisible. No debió sorprender a nadie tal relincho, pues nadie levantó la voz y, ni los perros ladraron.

Rápido, Cirilo soltó a cuantos a tal pared estaban atados. Para que escaparan hubo de golpear a alguno, pues soñolientos como estaban, no se movían. La especie de estampida fue muy silenciosa. Pero Cirilo, desde su recogimiento, observó complacido como una tras otra se dirigían hacia el arroyo en el que estaban acostumbradas a beber.

Cirilo deshizo el camino y, al rato, casi tiritando de frío, se acomodó en su cama y procuró dormir como un bendito...

Pero no logró dormir. Ahora, en la tranquilidad de la cama, le empezaron a surgir temores, ¡muchos temores!

“Esa gente es muy mala y si descubren que lo he hecho yo puede que me den una paliza de muerte”.

Apenas amaneció, fue despertado por los gritos de los gitanos. Entre los gritos pudo oír su nombre.

De pronto alguien golpeó su puerta y le llamó. Parsimoniosamente, se cubrió con una manta y fue a ver quien llamaba.

-¿Quién llama a estas horas? -preguntó.

La voz ronca de uno de los gitanos le gritó:

-Somos nosotros, los gitanos. Queremos hablar contigo, ¡ábrenos!.

-No puedo, estoy desnudo y hace mucho frío. ¿Qué queréis de mí a estas horas?

-Alguien nos ha hecho una mala faena esta noche y queremos hablar contigo por si hubieras oído algo...

-¿Pues qué os han hecho? -preguntó con cautela.

-¿Que qué nos han hecho?, soltarnos el ganado -respondió la misma voz.

-¿Y qué queréis de mi si yo no sé nada de eso?

-Por si oíste algún ruido sospechoso...

-No, yo no he oído ningún ruido -respondió al instante.

-Pero, ¡ábrenos, hombre! que no te vamos a comer.

-Yo a estas horas no abro mi puerta a nadie. Y si no tenéis otra cosa que decirme, me vuelvo a la cama. ¡Adiós!

Mientras se retiraba oyó cómo alguno de los de fuera hacia referencia a su persona. Escuchó con atención y pudo oír algo así:

-Para mí que ha sido él. Es un mal bicho y como no le hicimos caso cuando protestó por atar las bestias en su pared, seguro que se ha vengado.

-¿Y qué hacemos ahora? -siguió oyendo.

-Lo primero, buscar a los animales. Sobre todo a la mula. Vete a saber donde puede estar a estas horas.

Cuando ya entrada la mañana, como de costumbre, Cirilo salió de su “escondite”, todo el clan de los gitanos le miró amenazador y, alguno

de su numerosa prole, le amenazó esgrimiendo un pedrusco. Supo que los asnos habían sido encontrados pastando en una cercana huerta, comisqueando y pisando unas berzas; pero que la mula seguía pérdida. Igualmente supo que, en comitiva, los gitanos habían ido al cuartel a denunciar el hecho, haciendo saber al brigada sus sospechas sobre él.

Quien le informó de esto último, le dijo también que el comandante del puesto, les había echado con cartas destempladas, argumentando que ellos carecían de entidad para hacer tal denuncia, ya que allí, sobre su mesa, había varias denuncias de robos de ramera y leña, y una de gallinas, haciéndoles a ellos, los gitanos, sospechosos. Que si insistían en su denuncia, lo primero que iba a ordenar a su gente era averiguar quien o quienes habían sido los artífices de tales robos.

-Toda esta gente, también -dice que les dijo- sospecha de ustedes, los gitanos; pues dicen que nunca, fuera de cuando ustedes están en el pueblo, desaparecen tantas cosas.

Ciertamente, los gitanos, ya por calentarse u organizar alguna fiesta, llegada la noche, solían hacer grandes fuegos. En torno de los cuales formaba grandes corros y, en ocasiones, sacaban a relucir su folklore y, cantando y bailando, a la luz y el chisporrotear de la leña conformaban un espectáculo fantasmagórico.

A veces, a su algarabía terminaba uniéndose algún mozo y moza de la vecindad, pues entre los vecinos había alguno que, como mi abuela, confraternizaba con ellos.

Hasta Cirilo solía gustar de verles y oírles.

La leña, ya se sabía, la cogían de donde podían y, a veces, la robaban de la que, por los arrabales del pueblo, yacía amontonada como si no tuviera dueño, pero lo tenía. Allí todo lo que tenía algún valor, aunque fuera poco, tenía dueño.

Alguno de éstos, sin duda, fue el que los denunció a la Guardia Civil.

Los gitanos se la juraron a Cirilo y prometieron vengarse.

“Si no ahora, cuando se tercié”.

Aunque nunca fue golpeado por los gitanos, siempre, a partir de entonces, vivió temiendo que lo hicieran. Este fue su mayor temor hasta que hubo de abandonar Las Tenerías.

Durante la dictadura fueron sucediéndose las corporaciones adictas al régimen, sin que a ningún edil se le ocurriera remover el asunto relacionado con la propiedad de Las Tenerías. Hubo de surgir un alcalde a quien no le cayera bien un ser tan vago, mal hablado y ateo como Cirilo, para que saltara el conflicto. Y, a pesar de todo, para hacer lo que hizo, necesitó que aquél le facilitara las cosas, sacándole de sus casillas.

Enmarcando la puerta de la entrada a la casa, el padre de Cirilo había colocado dos grandes piedras debidamente acondicionadas para sentarse en ellas. El hijo, más que nadie, utilizó tales asientos. Allí gustaba contemplar el espectáculo que pasaba por delante, sobre todo el trasiego de trabajadores –segadores, mayormente- que entre las ocho o nueve de la tarde/noche del verano regresaban a sus casas

Cuando Cirilo tendría en torno a los cuarenta años y yo edad para aportar mis energías a las faenas agrícolas, pude verle una y mil veces, observando a cuantos regresábamos, sudorosos y sucios, de las duras y largas jornadas de trabajo.

Nos molestaba verle tan indiferente a nuestro quehacer y disfrutando de un placer a todos nosotros negado. Y, sin quererlo, sentíamos rabia, dolor y puede que, más de uno, hasta envidia, por tan escandaloso desafuero para una comunidad hecha de tantos esfuerzos, privaciones y sacrificios. Era hiriente y hasta grosero contemplarle: Allí estaba lo mismo a las doce del medio día que a las nueve de la noche. Siempre ocioso, nos miraba con curiosidad, trasluciendo la satisfacción que experimentaba interiormente.

A él le importaba un comino que pasáramos por delante de sus narices, refunfuñando quejas y sin dignarnos saludarle. Cirilo nunca fue amigo de adulaciones y, creo que, en su fuero interno, tenía conciencia clara de que cada cual asume su papel en la vida. E, igual que nosotros el de trabajar como bestias, él, el de indolente convencido de que alguien debería ser la excepción a la regla. Y, en Nunca Jamás, Cirilo había asumido tal papel.

Un día, uno más de tanto, estando Cirilo repanchingado junto a su puerta, el referido vecino/alcalde se la armó buena.

Era uno de los ricos del pueblo. Tenía muchas tierras y fincas propias además de dos buena yuntas de machos y un rebaño de ovejas. En aquel entonces, un acaudalado.

Se daba la circunstancia de que, lindando con Las Tenerías tenía la cija donde guardaba las ovejas. Era el que, sin duda, más horas había contemplado la típica figura de Cirilo sentado a su puerta. Debido a ello, sin duda, la relación entre ambos no era cordial.

Ese día en cuestión –junio de 1970- el ganadero/alcalde, se empeñaba en recoger sus ovejas a la puerta de la cija y, acto seguido soltar a los corderillos para que mamaran. Siempre lo habían hecho así sin ningún tipo de problemas y sin necesidad de la presencia del amo. Ese día, era el ganadero en persona el que ayudaba al pastor. Por la carreta había una circulación de vehículos –por abundante, anormal-, que hacía temer al dueño que alguna oveja -o cordero- se expusiera a ser atropellada.

Cirilo, desde su trono, curioso pero indiferente, observaba todo.

Vista la dificultad de controlar debidamente al ganado, el ganadero/alcalde, se dirigió a Cirilo solicitando su ayuda.

-¡Anda, Cirilo!, ponte a ese lado para que no se vayan las ovejas por ahí –le dijo en buen tono.

Pero, Cirilo no se movió.

-¡Por favor, Cirilo, ayúdanos!

Cirilo, ni caso.

Encorajinado el ganadero, empezó a decirle aquellas cosas que Cirilo estaba harto de oír: vago, mala persona, muerto de hambre etc. y “gandul”.

Cuando Cirilo oyó lo de gandul se indignó de tal manera, que, levantándose, mientras buscaba la puerta de su casa, a grito pelado, soltó tal retahíla de blasfemias e insultos como para encabritar al más calmoso.

Enfurecido y amenazador, el alcalde, corrió detrás de él hasta verse frenado por la puerta de la casa. Desde la cual siguió respondiendo a los insultos de Cirilo, para terminar diciendo algo así:

-Esta me la vas a pagar, ¡mal bicho! Desde hoy para ti van a cambiar las cosas. Ya te has reído bastante del pueblo. Yo me encargaré ahora de pasarte la factura.

Al día siguiente, valiéndose de su cargo, removi6 cuanto había relacionado con Las Tenerías, informándose sobre cómo y dónde localizar a los herederos de los antiguos dueños.

El tal alcalde acariciaba desde hacia tiempo la idea de hacerse con todo el terreno que abarcaba la fábrica. Terreno de muchos metros cuadrados que, lindando con su cija y la carretera, en sus manos, podía dar mucho de sí.

Se desplazó a Madrid y entró en relación con los herederos haciéndoles llegar una oferta por la propiedad.

Los herederos, indiferentes a cuanto la finca había sido para la familia, no tuvieron inconveniente en negociar su venta. Cosa que resolvieron en escaso tiempo.

Con el título de propiedad en su poder, y en el uso de su calidad de alcalde, hizo que le visitara el comandante del cuartel de la Guardia

Civil. Le informó, le enseñó la escritura de compraventa y le pidió llevara a cabo el desalojo de Cirilo.

Éste, apoyándose en sus convicciones políticas, se resistió cuanto pudo.

Toda resistencia resultó inútil. No tenía ningún derecho a ocupar la finca. La Guardia Civil se hizo acompañar por el alguacil y, entre

ellos, sacaron y amontonaron a la puerta de la casa los pobres muebles de Cirilo, pusieron un nuevo cierre y se fueron, dejando al pobre Cirilo mohíno y dolido sentado en su acostumbrada piedra.

¡Qué pena debió de dar a quienes pasaron por allí ese día, ver a Cirilo -encogido y miedoso- sentado entre sus cachivaches en medio de la calle... Un primo mío que, por habitar la casa de nuestros abuelos, seguía siendo vecino suyo, me contó:

-Sentí una gran pena. Tentado estuve de haberle facilitado el corral para que guardara sus cosas, pero no tuve valor para tanto. Temí la bronca de mi mujer. Estoy seguro que de haber vivido abuela, ella misma le hubiera ayudado a meterlos en nuestro corral...

Dolido, humillado y desorientado, Cirilo no sabía que hacer.

No tenía a nadie a quien acudir. Sus lejanos familiares le despreciaban..

Como nunca creyó le pasara esto, nada tenía previsto. Aquella noche la pasó a la manera de los gitanos y quincalleros, a la intemperie. Más que por dormir por cuidar sus pertenencias. Según confesó a alguien, sintió mucho miedo y, además, aun siendo junio, pasó mucho frío. La carretera estaba cerca y temió ser vapuleado o robado. A la mañana siguiente, antes de que amaneciera y la gente del pueblo empezara a circular por allí, cogió lo poco de valor que tenía y lo guardó en un viejo palomar hecho una escombrera, que había a las afueras. Y esa noche durmió allí.

Claro que el palomar todavía era morada de las palomas, y, aunque cuando dejó “su mobiliario”, las palomas, asustadas, le dejaron solo; por la noche aquello se convirtió en un infierno: Entre el monótono runrunear de los pichones, las incesantes algarabías y peleas de las “placidas” palomas, y tantos excrementos como aliviaban, resultaba imposible estar allí. Por ello, se hizo de valor, y, a media noche, trasladó sus cosas al soportal de la Iglesia “de los pobres” y, cuando los tuvo todos, se echó a dormir sobre sus bancos de piedra.

Cuando los vecinos y parroquianos del templo lo vieron con las primeras luces del día, la confrontación de sentimientos que experimentaron les impidió todo tipo de censura... En un pueblo pequeño el drama que le había surgido “al pobre Cirilo” lo conocía todo el vecindario.

Fueron pocas las noches que hubo de dormir en tal lugar. Ello suponía una vergüenza para la pía vecindad.

Al fin de cuentas, a esas alturas era “El único pobre que había en Nunca Jamás”, y por ello –y gracias a ello- el mejor a quien socorrer de cuantos menesterosos buscaban sus limosnas. Sobre todo las mujeres de mayores medios económicos y fervor religioso.

Mas nadie fue tan cristiano como para darle techo propio en el que protegerse. Una cosa era darle una limosna con la que ayudarle y otra muy distinta, “meterle dentro de su entorno privado”.

Pero los feligreses ordinarios no podían tolerar que a la puerta del templo, como un mendigo más, Cirilo les avergonzara y humillara.

Hablando del asunto con el Párroco, decidieron que se fuera a La Casa de los Pobres, es decir, “a la obrera”.

Cuando se lo comunicaron, les despachó con un bufido de los suyos.

-¿Qué vaya a la asquerosa obrera? Veis vosotras. Yo, ni arrastras entro en esa pocilga.

Entonces le indicaron que un buen lugar, en lo que llegaba el invierno, podía ser vivir en el soportal de la capilla del cementerio. Una capilla, ciertamente, acogedora y limpia.

Cirilo no podía negarse. De no aceptar, le amenazaron con mandarle al asilo provincial.

Si algo no quería de ninguna manera Cirilo, era irse de Nunca Jamás. Y, como solución inmediata a su problema, con la ayuda de unas vecinas trasladó sus cosas al soportal del cementerio.

Y allí, en un rincón protegido, Cirilo pudo descansar de las fatigas vividas desde que fuera expulsado de las ruinas de Las Tenerías.

El Cementerio estaba situado a las afueras del pueblo y la gente, por unas u otras razones, iba poco.

Pero había un inconveniente, si algo repelía Cirilo era la penumbra que envolvía el entorno del cementerio durante la noche y saber enterrados a sus seres más queridos a un paso de donde él dormía.

“Sueño mucho con los muertos -dicen que decía.

-Tengo sueños terribles. Padezco grandes sofocos y, a veces, paso noches en vela horas y horas.

-Duermo mejor –le decía a una persona amiga- durante el día que por las noches. Me siento más protegido...

A propósito de tal amiga -nieta como yo de su vecina de Las Tenerías y, por ello, prima mía- explotaba una pequeña taberna, en la que Cirilo aparca, una vez hecho el recorrido acostumbrado por las calles del pueblo y haber puesto a buen recaudo lo recibido .

Allí aprovechaba para leer el periódico a que mi prima estaba suscrita. Le gustaba la lectura y si no leía más, no era porque le faltara tiempo, sí por carecer de libros.

A la misma taberna y a horas parecidas –media mañana- iba el cartero del pueblo; horas, en que la mayoría de los vecinos en activo, estaban trabajando duro o blando, según la profesión de cada cual.

Entre las pocas personas que eran dueños de esas horas eran ellos dos y pocos más.

El cartero se llamaba Crescencio. Y, en consonancia con el oficio, era de los pocos que contaba con conocimientos gramaticales y aritméticos... La mayoría de las personas de su edad sabían poco o nada de ambas materias.

Cirilo, ciertamente, apenas las conocía; pero hablando parecía dominarlas. Sabía leer y las tablas de sumar, restar y multiplicar, pues aunque no fue a la escuela, su padre puso mucho interés en que lo aprendiera. Hablaba como un enterado de cosas no propias de un mendigo. Sabía escuchar cuando de oír algo interesante se trataba.

El tal Crescencio era muy aficionado a la lectura. Y leía —o había leído— cuantos libros llegaron a sus manos que, no habiendo sido muchos, los releía con deleite.

Ambos, a su manera, hacían muy sabrosas críticas de determinados vecinos. Comentaban alguna noticia del periódico y, entre estar o no estar de acuerdo, pasaban sus buenos ratos junto a mi prima. Normalmente bebían la consabida copa de aguardiente; bebida muy eficaz en lugar tan frío con la que calentar el cuerpo.

El cartero fue quien le sacó del cementerio, ya que, por su oficio, conocía “a todo el mundo de Nunca Jamás”.

Había una anciana viuda, que emparentaba con sus ancestros, y que tenía un cobertizo, medio derruido, en uno de los arrabales del pueblo. Y, ni corto ni perezoso, con la única razón de ayudar a su amigo Cirilo, Crescencio habló con la anciana de las circunstancias en que vivía Cirilo y del gran favor que le podía hacer dejándole dormir en su destartalada cija.

Una cija que había sido utilizada como aserradero y, ya en ruinas, era refugio de gatos, pájaros y bichos. Y, en las ferias, un poco adecentada, era alquilara a tratantes para guardar su ganado. Ganado que, al terminar la feria, dejaba el lugar hecho un mal oliente basurero.

La anciana tuvo la atención de comentar con una vecina el asunto. La vecina era, además de Hija de María, una colaboradora eficaz en los actos religiosos de la parroquia, así que habló con el Párroco a quien la idea le pareció muy conveniente, pues estaba harto de ver a Cirilo deambular como un extraño por todo el pueblo sin que nadie le facilitara un lugar más apto del que se veía obligado a ocupar.

Cuando dos mujeres -del colectivo de asistentes a cuantas cosas precisara de ellas la parroquia- fueron a ver la cija, tanto les desagradó, que no se atrevieron a entrar vestidas, como estaban.

Todas coincidieron en que Cirilo era incapaz de limpiar aquella pocilga. Así que adquirieron el compromiso de hacerlo ellas.

Cambiaron impresiones con el colectivo de mujeres y decidieron que el obrero que trabajaba en casa de una de ellas, con ayuda del tractor, desbrozara lo más que pudiera. Ellas entrarían después a hacer la limpieza conveniente.

Y así fue como un día, las acomodadas y dignas señoras y señoritas de Acción Católica e Hijas de María conformaron dos equipos de mujeres que, unas por la mañana y otras por las tardes fueron a cumplir el sacrificio que su devoción les demandaba.

Imaginemos cómo estaría aquello: con basura de hacia tiempo, telarañas, polvo y, por doquier, excrementos de toda clase de bichos e, incluso, de personas. Había que echar mucho valor para hacerlo habitable. Cosa que, en justicia, no les faltaba a las damas que se hicieron cargo de la obra, sobre todo en una de ellas, quien tuvo que espolear a diestro y siniestro, recurriendo a todos los recursos al uso, para evitar deserciones.

Mientras se hacía la limpieza pertinente, Cirilo siguió durmiendo en los soportales del cementerio.

Fue, eso sí, a examinar su futura morada, viendo el denuedo con que lo adecentaban las “Ricas de Nunca Jamás”. Inmediatamente se fijó en una piedra que reunía las condiciones adecuadas para sentar en

ella sus posaderas, y, sabiendo que iba a ir un trabajador con el tractor, pidió a la jefa de éste que colocara tal piedra en la parte exterior de la puerta.

Cuando lo hubieron hecho, se sentó a la manera que en Las Tenerías y desde ella contempló la actividad que las mujeres realizaban y el ir y venir de labradores, ganaderos, segadores y pastores, entrando y saliendo del pueblo.

Una de las laboriosas féminas dijo a una vecina:

-Llegaba temprano, con muestras de sueño. A simple vista se notaba que no había dormido bien. Se sentaba en la piedra y nos miraba trabajar. Algo así como si no fuera con él todo aquel desaguizado que habíamos armado. Daba la sensación de que fuéramos sus sirvientas y estuviéramos haciendo lo que hacíamos por obligación. ¡Con la de mierda que tuvimos que mover y sacar! –

A pesar de la ayuda de obrero y tractor, el mal trago que hubieron de pasar fue memorable.

Al obrero las damas le habían pedido discreción

-No digas por ahí lo que estás viendo. Se reirían de nosotras –le advirtieron.

Pero una cosa es prometer y otra cumplir lo prometido. Le resultó muy divertido, según dijo: Ver a aquellas grandes señoras ejerciendo faenas tan repugnantes. Hubo de ser para él motivo de divertimento entre algunos amigos.

“Como el lugar había sido cuadra –decía-, había boñigas sin descomponer o descompuestas, para llenar un remolque. El olor y el, polvo, en ocasiones, eran tan fuertes que obligaba a las mujeres a salir fuera a respirar”.

“Nunca en sus vidas, creo yo –siguió diciendo- esas mujeres se han visto en una situación semejante. Yo las miraba, queriendo recrearme en su aspecto; aspecto, tan diferente del que me tenían acostumbrado cuando, los domingos, cruzaban delante de mí, yendo a la misa mayor... ¡Eran dignas de admiración!”.

A Cirilo, el lugar, no le gustó nada.

-No es que lo dijera -decía una de las mujeres-, no, simplemente, dejaba entrever su rechazo con sus gestos. Gestos huraños muy personales en él, por los que se le conocía entre la vecindad y que nunca le abandonarían.

-“Sus Tenerías” y ahora su nueva morada, eran balcones al campo y desde los que ver y observar a la gente trabajadora del pueblo. El, en uso y disfrute de su libertad, se pasaba el día tomando el sol y la sombra cuando y como le apetecía.

“Su pueblo”, como se decía para sus adentros.

Cirilo, a pesar de su congénita hostilidad hacia la comunidad, gustaba sentirse vecino de sus vecinos.

El primer día de ocupación de su nueva residencia, las pías mujeres, le prepararon una especie de banquete. Para mejor presentarse a disfrutarlo, llevaron un gran barreño en el que, una vez lleno de agua más o menos caliente, le exigieron se bañara. Previamente le habían agenciado una muda limpia, un traje que, aunque usado, estaban en buenas condiciones y unos viejos zapatos que una de aquellas mujeres había sustraído de su casa.

Pudorosas, las mujeres, salieron del recinto cerrando tras ellas la puerta.

Cirilo lavó todo su cuerpo, peinó los pocos cabellos que le quedaban y, en presencia de tres de aquellas mujeres, degustó una comida de ensueño. Con vino y postre. ¡¡Todo un festín para él!!

Terminada la cena y como la noche era espléndida, Cirilo, ufano y satisfecho, sin dar las gracias a nadie, se dirigió a su cetro y, como siempre, a husmear el horizonte... Un horizonte, éste, diferente al que contemplara antes, pero, dado el banquete, muy satisfactorio.

-No son “mis tenerías”, pero está bien...

Aquél horizonte tenía la ventaja sobre éste de contar con un arroyo –carretera por medio- el cual mantenía fresco el lugar y alimentaba una frondosa arboleda de álamos que, en verano, ofrecían una sombra benefactora y, en invierno, rompía la aridez de la Meseta Castellana. Además, la carretera propiciaba un tránsito de gente y vehículos muy del gusto de Cirilo. Amigo de contemplar la actividad de los medios y la gente desde el cómodo mirador de la piedra/asiento de la puerta de “su casa”.

Aquí no. La “pocilga” –como dio en llamar él a su nueva residencia- mirando hacia el sur, sólo ofrecía buena vista cuando el campo de cereales lucía en todo su esplendor y, mirando con atención, cuando no hubiera nubes, se podía atisbar la Sierra de Guadarrama. La mayoría del tiempo y el panorama del páramo: indiferencia y monotonía.... De ahí, que sintiera la necesidad de deambular por los arrabales del pueblo. No iba a estar todo el santo día allí sentado mirando donde poco o nada había por mirar. Nada más ajeno a la idiosincrasia de Cirilo que verse obligado a estar sujeto, ya fuera por una disciplina, ya por un habitáculo.

Nunca le gustó andar por el campo: “Nada “*mese*” ha perdido en el campo”, solía decir... Su zona de trabajo y recreo era la de deambular por las calles y plazas. Sentarse en los bancos públicos y pasar sus “ratitos en la taberna deliberando con Crescencio y tomándose, de vez en cuando, un aguardiente o vaso de vino.

Muchas veces me pregunté cómo se las componía para hacer su colecta entre los vecinos. Un día, disimuladamente, le seguí. Le vi llegar a la puerta de una de las casas principales del barrio y, sin llamar, pasar a su gran portal y, desde dentro, llamar, “¡Señora Consuelo!”. Cuando le ví salir, llevaba una especie de talego lleno de contenido.

Cirilo, para sus cosas, era bastante apañado: su madre y hermana le inculcaron un sentido de la limpieza muy conveniente, y también todo hay que decirlo- de tanto verles a éstas coser y zurcir, había aprendido hacerlo. El cosía sus rotos y zurcía sus calcetines. Aunque de ropa

estaba bien abastecido ya que de varias casas –sobre todo en las más pudientes y pobladas- le daban, como limosna ropa usada o la dejada útil por algún difunto.

Pero Cirilo se hacía viejo. Y aunque, tras superar las dolencias de su niñez, tuvo una salud envidiable (nunca necesitó de servicios médicos importantes), ahora, cada dos por tres, sentía algún extraño dolor. Estaba perdiendo la dentadura y necesitaba humedecer el pan, siempre duro, que recibía en forma de limosna.

De lo que siempre venía haciendo y que más extrañó dejara de hacer, fue la visita al cementerio el día de Todos los Santos. No importaba que en el mismo suelo donde en su día fue enterrada su madre se hubiera levantado un panteón por una de las familias del pueblo. Él, el Cirilo vago, mal hablado e irascible, en tal día, hacía su “visita a la bien recordada madre” y se pasaba las horas muertas ensimismado, mirando el lugar donde había sido enterrada. Cuando era “el dueño” de Las Tenerías, le llevaba flores de las que cultivaba en el huerto. Ahora iba con las manos vacías... Pero llegó un Día de Todos los Santos en que Cirilo, contra lo habitual, no apareció por el cementerio. Los conocidos le echaron de menos, sobre todo los longevos.

Los temores fueron haciéndose evidentes entre quienes en más o menos medida le habían tratado. Al día siguiente, en la misa de difuntos, hablarían de ello en el grupo de mujeres de Acción Católica, y, como consecuencia de lo que hablaron y decidieron, cuatro de ellas le visitaron para ver qué le pasaba...

Lo que encontraron era para no ser visto... ¡Tan asqueroso y repulsivo era todo! Sin embargo, como alguna estaba dotada de un corazón muy generoso, hubo de echarse al ruedo antes de ser vencida por la repugnancia que aquella pocilga expandía.

Fueron a casa a por ropa de faena, cubos con agua, jabón, toallas, fregonas, escobas y otros útiles necesarios para el zafarrancho que aquello exigía.

Cirilo, sin poderse mover, yacía en la cama tiritando de frío. Si, siempre que pudo, hizo sus necesidades fisiológicas, bien en la cerca de al lado o en pleno campo cuando la noche le amparaba; ahora, incapaz de moverse fuera de su destartalada cama, las hacía al pie de ésta.

El hedor era insoportable. Tuvieron que hacerse de agua caliente y lavarle cual si de un niño se tratara. Claro que el Cirilo de ahora, era un viejo esquelético raso y liso como una tabla. Si su virilidad siempre estuvo como atrofiada ahora, en la antesala de la muerte...

“Estaba que daba pena” -dijeron, hablando de ello con otros vecinos- alguna de las mujeres que le asearon.

“Visto así –comentó una de las mujeres- resultaba no sólo repugnante, sino también grotesco. Más de una vez tuvimos que ocultarle nuestras risas y burlas. Más he de reconocer que “nuestras risas” fueron un antídoto beneficioso. Yo estuve a punto de vomitar”.

Como no era cosa de adecentar el garito, decidieron trasladarle a una panera –a estas alturas vacía- que una de las señoras tenía a las afueras del poblado.

Antes consultaron con el médico, que después de verle superficialmente, autorizó el traslado, no sin advertirlas que era muy poca la vida que le quedaba. Diciéndolas:

-Tan pronto como ustedes le hayan acomodado, me llamen y le examinaré. Aquí, dado el ambiente tan desagradable, me es imposible.

Y, una fría mañana de marzo de 1981, la mujer encargada esa mañana de su custodia, lo encontró muerto.

Su muerte no extrañó a nadie en Nunca Jamás. Si, cabe imaginar que las buenas señoras que adquirieron la obligación cristiana de cuidarle, respiraron complacidas: tal muerte les liberaba de un sacrificio excesivo...

Nadie en el entierro vertió una sola lágrima. El afecto hacia él no era de amor, sí de conmiseración.

Al funeral –como hemos dicho- fue tanta gente que dio motivo a oír cosas como éstas:

“Ni que hubiera sido un ricachón...”.

Y,

“Ha habido mas gente en el funeral de Cirilo que en el de Don Eustaquio”, un rico del pueblo enterrado algunos días antes.

Y es que, todo pueblo pequeño y pobre conforma una comunidad muy sensible en todo lo referido a la muerte. De ahí el duelo, tan popular, con que se honra a los muertos.

La piedad por el cuerpo sin vida de un familiar o amigo y la conmiseración hacia sus deudos, contagia a todos cuantos se han relacionado o se relaciona con el difunto. Y esto lo experimentan por igual ricos y pobres; ya que si la muerte de un rico conlleva mayor aparato ornamental, la del pobre es, salvo excepciones, mayoritariamente más y sentida, si cabe, ya que siempre fueron más el número de pobres que el de los ricos.

Y Cirilo, caso singular, había generado entre los vecinos, nadie sabe en gracia de qué, un afecto mayor al generado por vecinos honorables. Por esto o por lo que fuera, Cirilo, había pasado a ser un personaje simbólico en el devenir de Nunca Jamás. El multitudinario acompañamiento a su entierro lo demostraba. En él estuvieron presentes y a título personal las autoridades, los responsables de los oficios públicos, la mayoría de los vecinos y, por estar como feriantes, muchos de éstos. Incluso gitanos y emigrantes accidentalmente presentes con motivo de la feria.

Quizá fuera un cariño extraño, difícil de definir; pero, en cierto sentido, muy entrañable: El, hasta su muerte, había convivido con ellos, y no como pariente o vecino, ni como alguien distinguido; si

como una especie de contrapunto o centro de algunas de sus quimeras interiores. Él había convivido como pobre y de pobre...

Pero, ¡misterios!, como algo esencial en toda convivencia humana, el pueblo necesitada, sin duda, de “sus ricos” y “sus pobres”...

Pero alguna gracia hubo de mediar para que Cirilo fuera merecedor de las muchas atenciones con que fue obsequiado. Yo apuntaría dos: su orgullo e independencia; lo que en un pobre no deja de tener algo de singular y admirativo. Gracia que le valió el título de “El Último Pobre del Pueblo”.

Llamaba extraordinariamente la atención, ver a todo ese gran colectivo acompañando a su última morada el cuerpo del pobre Cirilo, en medio de sonoras jaculatorias, invocando a Dios para que acogiera en su seno su alma pecadora...

¡Qué alma ni qué narices! Si Cirilo nunca creyó en tales cosas. ¡Ay!, si él lo oyera ¿qué pensaría? Y, lo más sorprendente, ¿qué diría?

Sabido es que en Nunca Jamás, después de Cirilo no ha vuelto a tener ese tipo de mendigos. Y, aunque parezca aborrecible, como referencia para ricos soberbios y orgullosos, no dejan de ser hitos humanos contrapuestos a tantos ambiciosos..

Y, hasta las personas pías amigas de dar limosnas por “La Gracia de Dios”, echan en falta vecinos menesterosos a los que, una simple limosna no ofenda, o no tener como receptores de su caridad al oportuno “pobre”. Y hasta me atrevo a decir que, en cierto modo, estas circunstancias forman parte del encanto de muchas de nuestras comunidades rurales...

Algo así como una nota romántica digna de ser cantada... Cirilo, a su manera, era un romántico irredento: No trabajaba, en el sentido que al término se le ha dado y da, es decir “por una necesidad natural de supervivencia”. No consideraba el trabajo como una obligación social. Hecha su naturaleza a vivir con lo mínimo posible y a recibir esto cual

un don evangélico, no necesitaba buscarlo con el “sudor de su frente”.
¿Puede haber un ideal de vida más romántico? Sin duda, él había sido,
a lo largo de sus muchos años, más envidiado que envidioso. ¿De
cuántos pobres de hoy, se podría decir lo mismo?

Y me consta que las gentes del lugar -y no sólo por sus
contemporáneos- le recuerdan con simpatía. Gracia tal no siempre
lograda por el común de los mortales...

NOTAS A TENER

ENCUENTA

(1)Cazaloyo llamábamos al canal por el que, el agua de la fuente, llegaba hasta el arroyo.

Nota del Autor: La línea divisoria era, referida a las personas de entonces, tanto física como económica. En cambio en los años posteriores a 1980, ricos y pobres se han entremezclado de tal manera que hasta han matrimoniado entre sí los nietos de aquellos ricos y los de aquellos pobres, por lo que hoy sería difícil establecer aquel tipo de clases.

Cuando murió Cirilo empezaba el desarrollo social generado por unos principios culturales revolucionarios: Las generaciones surgidas de la pobreza y la guerra de 1936 habían evolucionado y, sus descendientes, ya disponen de títulos universitarios parecidos. Parecidos no sólo en el hecho material de un documento, sino también en sus superiores categorías.

El transcurrir de los años iba a producir “tal milagro” y, hasta, por exceso, parte del desconcierto aflorado por la crisis que amenaza a tantos y tantos jóvenes... Hoy, eso sí, la mayoría con estudios superiores. En la época a que hace referencia el principio de esta historia, el universo rural era –al decir de los ilustrados– mayoritariamente analfabeta o semianalfabeta...

EPÍGRAFE
(Referido a Cirilo)

Confidencia hecha por Marino Jiménez al autor, su amigo

Así de pobre sería Cirilo durante toda su larga vida; pero un pobre, en cierto modo, singular, con ramalazos inteligentes desconcertantes en quién, como él, nunca fue a la escuela...

Me contó al efecto un buen amigo mío –conocedor de las circunstancias de Cirilo y familia- la siguiente anécdota:

“Como sabrás el habitáculo de las Tenerías en que Cirilo vivió gran parte de su vida, era una especie de fortaleza en ruinas. Los muros, de cal y piedra, eran altos, fuertes y, hacia el exterior, escasos de aberturas por las que penetrar. Tan solo un portalón que le comunicaba con la carretera (cerrados a cal y canto desde que cesó su actividad) y la puerta de aberturas por las que Cirilo y cuantos pretendieran entrar accedían.

Pues bien, en el patio interior había quedado una gran pila de piedra en la que abrevaban los ganados. Tal pila -hora en desuso- había propiciado el interés de un vecino necesitado del recipiente para seguir sirviendo de bebedero a sus vacas dentro de su corral.

A Cirilo no se la podía pedir pues, sabiendo que la casa no era suya, no tenía sentido, pues su negativa, hubiera sido lógica. Conociendo a un señor de quien se pensaba algo tenía que ver con los dueños de tal lugar, sumiso y cortés se la pidió.

El señor, con razón o sin ella, le dijo:

-Sí hombre, si la necesitas cógela. Cirilo no se puede negar pues sabe que todos sabemos que la casa o chabola en la que habita no es suya.

Un día, armado de los utensilios necesarios para el traslado de la pila, se presentó a la puerta de la casa.

-Cirilo vengo a por esa pila. La necesito para dar agua a mis vacas. He hablado con D. Eustaquio (el tal Eustaquio era conocido y respetado por la vecindad) y me ha dicho que puedo llevármela.

Cirilo dice que se le quedó mirando fijamente y, sin alterarse, le contestó:

-Si hombre si, puedes llevarte la pila, siempre que no pretendas sacarla por encima de los muros o a través de mi puerta.

Dejaba clara la cosa: por ningún otro lugar podía sacar la puerta, pues todos estaban cerrados...

Por lo que la pila cuestionada siguió en el sitio de siempre...

Cordialmente, Moisés.

*AHORA MIS EXPERIENCIAS E IDEAS
VAN MOTIVADAS POR EL CINE.*

¡Esta es otra historia!

A lo largo de mi vida he debido realizar muchos oficios: nacer campesino y, como obrero (“Criado entonces en nuestro entorno), trabajador por cuenta ajena. Compartir mesa con “los amos” en la mayoría de las casas de labranza locales, y, haber llegado donde he llegado no ha sido fácil, sí duro, ¡muy duro!

Pero nunca pensé ejercer funciones de productor cinematográfico. Sin embargo me vi -obligado por las circunstancias- a serlo.

Fue una experiencia jamás imaginada. Mis vivencias en ella, fueros desmoralizadoras.

No se puede –ni se debe- subir alto sin escalera. En mi caso, “No se debía haber intentado hacer una película con tan escaso caudal”. Pero, como dice el dicho: “El que hambre tiene, con pan sueña”.

He creído, por ello, que merecía la pena contarla a mis potenciales lectores. Opinen ustedes si merecía o no la pena ...

Cordialmente suyo, el autor.

“AL OESTE DE RIO GRANDE”
UNA PELÍCULA QUE NO DEBIÓ HACERSE

Hubo un tiempo en el que el cine, según quien los juzgara, podía, y debía, ser “moralizante”; frente a quienes lo valoraban como espectáculo, capaz de expandir cultura a todo el mundo.

Al frente del primer movimiento, como era lógico, se puso nada menos que El Vaticano; mientras que el segundo estuvo motivado y promovido por los intelectuales, alejados de la doctrina dominante.

Yo milité en el primero: ¿Por convención? Puede. Ya que toda mi vida anterior había transcurrido dentro de una familia católica y, mis circunstancias, eran fieles a su doctrina. Hoy, más dueño de mis ideas, dudo de que yo fuera, desde el punto de vista practicante, “un buen católico”.

Nunca me identifiqué plenamente con su credo. En más o menos medida, siempre le cuestioné. Sí me identificaba con la doctrina social inspirada en el cristianismo.

Lo cierto es que, después de un largo camino, dificultoso y no exento de avatares de todo tipo, me vi en Madrid dirigiendo una distribuidora de cine infantil alentada y patrocinada por la Iglesia a través de su Comisión Episcopal.

Es conveniente dejar expuesto que tal Comisión sólo actuó como inductora entre los sacerdotes (párrocos y responsables de colegios) y nosotros. Se podía decir que “bendecía cuanto hacíamos”, pero nunca aportó a ella ningún tipo de financiación.

Hubo un tiempo en que, influenciado por el protagonismo que la Iglesia tenía sobre los espectáculos, el Estado, a través del Ministerio correspondiente, buscó proteger al cine infantil, creando y apoyando festivales -el de Gijón, por ejemplo- y liberando a las películas, bajo la denominación de “Cine especial para niños”, de la correspondiente

licencia de distribución, que se imponía al resto del cine importado. Para disponer de esas licencias, ineludiblemente, había que producir películas españolas.

Valiéndonos de tal disposición, importamos más de 30 películas, que se adaptaban a las sesiones infantiles que demandaba masivamente ese tipo de espectadores. Aquí, conviene decir, que su comercialización era muy arriesgada, ya que los niños, salvo excepciones, sólo podían acudir normalmente los sábados y festivos y en horarios muy limitados.

Si nosotros hubiéramos tenido que producir películas españolas para hacernos con las licencias correspondientes, no hubiéramos surgido, pues el riesgo era grande.

Pero la protección de que gozaba el cine infantil fue anulada al ponerse al frente de la Dirección de Cine y Teatro, Doña Pilar Miró. Esto nos colocó en la necesidad de producir cine español si queríamos seguir vivos. Es decir, importando filmes extranjeros.

En esta coyuntura estábamos, cuando un día se presentó en la oficina un director y productor de cine conocido mío. Se llamaba José María Zabalza (q.e.p.d.). Era de Irún y nos conocíamos desde Tolosa, donde él quiso que estrenáramos en el cine Iparraguirre una película que acababa de rodar. (Por cierto que tal estreno resulto ser un fracaso total)

Su visita tenía por objeto convencerme para que financiáramos el rodaje de una película. Después de haber oído un sin fin de razonamientos encaminados al fin que perseguía, terminé preguntándole:

-¿Cuánto dinero necesitas para hacer una película barata?

-¡Hombre! –me contestó- una película se puede hacer con poco o mucho dinero. Depende.

-Pero nosotros tenemos muy poco y, sin embargo, necesitamos hacer alguna película española para hacernos con una licencia que nos

permita importar y exhibir una película americana que tenemos comprada. Así que dime, ¿cuanto dinero necesitas para hacernos esa película?

-¡Hombre! Yo con ocho o diez millones puedo haceros una película.

-¿Y por cuatro, no? Es todo el dinero del que disponemos.

- Puedo estudiarlo –me respondió.

-Pues estúdialo. Yo, a mi vez, hablaré con el Consejo de Administración de Juvensa (nuestra distribuidora) y veremos que deciden.

Al día siguiente, muy de mañana, me llamó para decirme que había estado durante la noche estudiándolo y que, a fuerza de encogerse, había decidido hacer la película con los 4 millones de pesetas.

Se daba el caso que, días atrás habíamos celebrado una Junta de Gobierno del Consejo y se había hablado del tema.

Habíamos comprado una película en Los Angeles, que considerábamos interesante para nuestro catálogo. Necesitábamos algún título USA. El Consejero Delegado, responsable de estas compras había apostado muy fuerte a favor de este filme. Más no podríamos explotarla –y perderíamos lo pagado por el royalty- sin disponer de una licencia. Yo estaba tan interesado o más que él por esta compra.

La operación de compra se había pergeñado en uno de sus viajes a Los Ángeles, realizado días antes del Decreto de La Miró que anuló, en contra de nuestros intereses, el favor que el cine “Especialmente Recomendado para Niños” recibía hasta entonces.

Nuestra situación era muy delicada: el pago del royalty ya estaba hecho y el material necesario para el doblaje al español, en camino...

El capital de la sociedad lo habíamos aportado cuantas personas o empresas formábamos el Consejo de Administración. En pocos -puede

que en ninguno- privaban los posibles beneficios. La mayoría habían prestado su dinero a la obra en si. Entre ellos nosotros, las cinco empresas que formábamos el grupo de FIDES y que, en definitiva, éramos las más necesitadas por la clase de cines que agrupábamos.

De ahí, el interés que despertó la propuesta de Zabalza.

Al poco tiempo se firmó un contrato, en el que se dejaba claro que el productor sería José María Zabalza y Juvensa la financiaría, con un importe de “CUATRO MILLONES de pesetas”.

El amigo Zabalza ejercería como Productor/Director y contrataría a los artistas y cámara necesarios, así como los aderezos convenientes.

El rodaje empezó cuatro días después del acuerdo, la mañana del día 31 de julio de 1983. en el pueblo de Patones de Arriba (Madrid).

Patones es un pueblo de la Sierra madrileña que se formó como consecuencia de la invasión de España por los moros. Se dice, al respecto, que, sintiéndose acosados por los invasores, un pequeño grupo (quizás una familia) concedora del lugar, huyeron y se refugiaron entre sus agrestes peñascos. Y, tan bien debieron hacerlo que, allí vivieron aislados de toda convivencia extraña a ellos, durante siglos.

De acuerdo con la norma del momento, nombraron su propio rey. Y tal cual hacía toda monarquía, también la suya fue hereditaria.

En la actualidad, Patones se ha dividido en dos: Patones de Arriba –el primitivo- y Patones de Abajo, ya fuera de las escarpadas montañas y cuevas que sirvieron de refugio a sus ancestros. En ambos casos, Torrelaguna es y ha sido su centro comarcal, al que acudir a mercados, actos civiles y religiosos, colegios y...

Hoy, Patones de Arriba goza de un gran predicamento como lugar de recreo de turistas y amantes de la naturaleza. Tiene hermosas posadas y casas muy pintorescas.

En la fecha prevista para el inicio del rodaje; Patones de Arriba todavía conservaba muchas de sus cosas más primitivas: calles sólo transitables para el ganado y las personas y casas con rústicas chimeneas negras de hollín y piedras haciendo de asiento en los habitáculos. Había algunas casas medio derruidas y otras, deshabitadas por pertenecer a vecinos que habían decidido bajar a vivir al nuevo Patones.

Cuando llegué la fatídica mañana del 31 de julio de 1983 a Patones, encontré a dos de los artistas principales de la película, al cámara y a una especie de ayudante de éste; sin embargo, José María Zabalza todavía no había llegado. Hubimos de esperar varias horas hasta que apareció.

Mi primer mal síntoma.

En Patones de Arriba estaba previsto rodar una escena representando un mercado, que, por lo que luego se escenificó, tanto podía ser de la Edad Media, como del Rastro Madrileño de hoy en día.

A lo largo del penoso rodaje se produjeron demasiadas situaciones similares porque el pintoresco director era dado a mezclar churras con merinas en escenas sucesivas: escenas del clásico Oeste con absurdos naufragios en una playa sin mar definido.

En el rodaje de una película –entonces me daría cuenta- se pueden intercalar lo normal con lo estrambótico. Zabalza, como director o productor de cine, en desafueros de esta índole, era único. Todo lo concerniente a este rodaje llevaría su sello o “marca de la casa”.

Por ejemplo: los atrezos no habían llegado porque la casa había exigido el pago de su alquiler por adelantado. Cosa que Zabalza no había hecho. Hube de viajar a Madrid para hacer el pago correspondiente. El medio millón de pesetas que le había anticipado a la firma del contrato, se lo había gastado en otros menesteres, incluido el de alimentar a su familia, como supe después.

Los artistas habían debido ser elegidos entre cuantos necesitaban cualquier tipo de trabajo para poder pagarse el sustento. De no tenerse ellos por artistas, se les hubiera podido considerar a casi todos como simples aficionados, o, sencillamente, faranduleros.

Ya en Patones me vi obligado a pagarles sendos bocadillos, pues algunos habían llegado sin dinero y el “productor” no les había adelantado nada.

Entre Patones y Torrelaguna estuvieron rodando tres o cuatro días. Yo, dado el gran riesgo asumido, me veía obligado a ir para comprobar la marcha del rodaje.

Un día que estaban rodando una escena de persecución a caballo sobre los rastrojos del municipio de Torrelaguna, entonces al rojo vivo, pues era en pleno verano, vi al bueno de José María con una especie de fusta en una mano y en la otra una botella de cerveza, dirigiendo a los actores, que eran conscientes de su incipiente borrachera y estaban contrariados y molestos.

No pude evitar gritarle:

-Tira esa botella. No quiero verte más durante el rodaje bebiendo cerveza...

-¿Y qué voy a beber con el calor que hace? –me respondió altanero.

-¡Agua! –le grité.

-El agua no me gusta...

-¡Pues bebe leche! Es muy sano.

Pero decir esas cosas a Zabalza era como decírselas a un niño.

Durante el rodaje en Patones, uno de los artistas se cayó del caballo y hubo de ser apartado del rodaje. ¡Vaya problema! Sin ningún tipo de seguros hubo que pagar medico y medicamentos, con todo el disimulo posible para evitar ser denunciados.

Para salir del percance, Zabalza improvisó unos instantes de rodaje y dio por muerto al accidentado.

Empezó a preocuparme seriamente su actitud y comportamiento como director. Durante el rodaje, hube de decirme un montón de veces: “¡Qué ignorante he sido!, pensando que con 4 millones de pesetas se podía hacer una película”.

Tenía conciencia de que nos habíamos metido en la producción ganados por lo barata que iba a resultar. Pocas veces en mi vida me he considerado tan tonto como durante todo el rodaje de esta película. Terminé haciéndome a la idea de que había sido víctima consecuente del timo de la estampita:

“Quién hambre tiene con pan sueña”, reza el dicho. Ese fue mi caso. Para seguir en la distribución de películas para niños, necesitábamos disponer de licencias que sólo el rodaje de películas nacionales proveía. Como no teníamos dinero para más, nos embargamos en la única posibilidad que teníamos. Ya no podíamos echar marcha atrás. El compromiso estaba tomado.

A mí, las actividades de Juvensa me han robado muchas horas de sueño. Pero la producción de esta mala película, se llevó la palma.

El título de la película en cuestión, era “Al Oeste de Río Grande”

Desde Patones fuimos a rodar a Alcalá de Henares.

Un día me llamaron de la Posada –de Patones- en la que se habían guardado el conjunto de los aderezos, para pedirme el pago de los alquileres y gastos ocasionados en sus aposentos (hotel, posada y almacén) durante el rodaje. Yo me había propuesto, y ello constaba en el contrato, no hacer directamente ningún pago: siempre daría, contra recibo, a Zabalza lo que hubiera menester sin excederme de lo estipulado en el contrato.

-Pues si no pagan –me amenazó el dueño del establecimiento- no salen de aquí estos trastos.

-A mí eso no me concierne. Es cosa del director que, a su vez, es el productor de la película.

-Sí, pero a mí me ha dicho que la película la hace por cuenta de la Iglesia a la que, según él, usted representa.

-El señor Zabalza puede decir lo que quiera, pero lo cierto es que es a él a quien corresponde pagarle a usted y retirar el material.

Me colgó el teléfono con un bufido y no volví a preocuparme del tema. Nunca supe lo que ocurrió después, ni me interesé por saberlo. Bastante trabajo tenía yo para, encima, resolver todas las informalidades del bueno de Zabalza.

Nosotros, desde FIDES, habíamos impulsado JUVENSA por la gran necesidad que tenían nuestras salas de disponer de películas infantiles. FIDES era una empresa privada inspirada por la Iglesia, aunque ésta nunca adquiriría compromiso alguno respecto a los fondos necesarios para su creación y difusión. Esto siempre fue de nuestra competencia e igual que la expansión recomendada por la Jerarquía Eclesiástica correspondiente: “Comisión Episcopal para Cine y Teatro”.

La Iglesia española por entonces, inicio de la Democracia, todavía conservaba parte del predicamento e influencia, que durante la Dictadura había adquirido.

Esto, a todos los efectos, daba un amparo, no sólo moral sino incluso económico, a nuestras gestiones.

Zabalza lo sabía. Era de Irún, Guipúzcoa, Provincia en la que, la Iglesia Católica, imperaba a sus anchas. Sabiéndolo, en cuanto empezó a rodar la película, lo utilizó como carta de garantía ante sus proveedores; proveedores, que nunca le hubieran fiado a él ni para pagar un café.

Ya para ir a rodar a Alcalá de Henares, tuve que pasar por los estudios de FOTOFILM, y pagar unos rollos de negativo que se necesitaban y que Zabalza les había dicho que me lo pidieran a mí.

Nos llevó a rodar las márgenes del río que transcurre por la parte sur de la Ciudad, del que, en la ribera sudeste, nacen unas montículos de espléndidas laderas, carentes de rocas. A través de los cuales organizó una persecución tipo el Oeste, que daba risa.

Ocurrió que, estando en pleno rodaje, llegó una señora con dos niñas a las que Zabalza presentó como esposa e hijas. Aquí aquello de “Éramos pocos y parió...”, se dio de lleno.

Llegada la hora de la comida pude observar que, precisamente la comida, era lo que las había llevada hasta allí...

¡Cómo ponerte tú a comer sin invitarlas! Y comieron, vaya que si comieron. La esposa –a pesar de estar muy gruesa- parecía que no había comido caliente en toda su vida.

Antes de terminar el rodaje de la película, ya lamenté haber conocido a esa mujer. Era argentina y Zabalza, para ella –en cierta medida- su juguete.

Rodando en Alcalá, uno de los actores importantes –si es que alguno lo era- estando en plena persecución de un fantasma (Zabalza se sacaba fantasmas para personajes, como churros), se bajó del caballo, se acercó a él y a mí y dijo:

-Aquí, si no me pagan ustedes los salarios de estos días, se acabó. Yo no me monto más en ese caballo en lo que no vea el dinero en mis manos...

Observé a Zabalza preocupado y, pude ver, que éste, en lugar de contestar lo que debía, le dijo:

-Por mí puedes irte. Pensaba matar a tu personaje en una de estas secuencias para prescindir de ti. Así que mira lo asustado que estoy- le soltó con una carcajada.

E hizo una de sus cabriolas habituales (un paso de baile con vuelta grotesca), dejándonos a los presentes confundidos.

El artista en cuestión, se despachó a gusto con amenazas de todo tipo; pero de manera insistente, con ir a denunciarnos a la Magistratura de Trabajo.

Desde Alcalá de Henares fuimos a rodar por los arrabales madrileños próximos a San Sebastián de los Reyes. Allí había una empresa que era la que alquilaba los caballos. En tales arrabales se rodó la escena en que la protagonista, sobre una calesa lleva a cabo una carrera, sin principio, fin, ni justificación, buscando la ayuda necesaria para sacar a su esposo de una balsa que amenaza ahogarle, nada menos que en un mar tan lejos como el mar Cantábrico.

En ese lugar, encinares y montículo próximos a Colmenar Viejo, también hube de oír a José María Zabalza, una proposición absurda: Me propuso hacer una persecución tipo Oeste, en la que, en lugar de caballos, los perseguidores y perseguidos fueran en coche. Me empezó, emocionado, a presentarme las secuencias y sus emociones:

-¿Te imaginas lo novedoso que resultaría ver correr un coche tras otro por entre tantas encinas y retamas como hay en estos parajes?

Los coches, claro, habían de ser brindados y con aspecto fantasmagórico...

Le interrumpí enfadado para decirle:

-Mira déjate de chorradas. Tú lo que debes es terminar la película cuanto antes. ¿Se nos está acabando el dinero y a ti sólo se te ocurre pensar tonterías? No sabes tú muy bien lo que estoy sufriendo con tu película. Estoy arrepentido de haberte conocido; pues de no haberte conocido no estaría metido en este follón.

Ignoro si lo tenía pensado desde el principio o sobre la marcha. Nunca me enseñó ningún tipo de guión. Pero algo me había insinuado sobre tal posibilidad. Lo cierto fue que un día nos emplazó a todos en la playa de Orio (Guipúzcoa). Allí tendría lugar el rodaje de la escena principal de la película: la del accidente del protagonista sobre una balsa acompañado de su esposa e hija (ésta de unos aparentes 14 años, hija natural de Zabalza).

Nos dijo que ya se había desplazado a la zona y había arreglado todo: permisos, maderos, cuerdas y hotel.

Yo llegué al lugar un día después que el resto del personal. Cuando llegué no le encontré. Pregunté por él y me dijeron:

-Se ha ido a Hendaya, donde dice tiene un amigo francés que dispone de una granja dedicada a la cría de caballos.

-¿Y qué quiere hacer con esos caballos?

-Rodar una escena en la granja, en base a una gran espantada...

-¡Cómo que quiere ir a rodar a Francia! Está loco. No tenemos dinero para rodar lo que falta ¿y quiere ir a Hendaya?

El enfado que me generó fue muy fuerte, de haber estado él delante, le hubiera insultado y, no sé, no sé, lo que hubiera hecho. ¡Tan grande era mi disgusto!

-¿Y qué están haciendo ustedes? –les pregunté.

-Preparando las traviesas para la balsa. Que por cierto –me dijo el que hacía de protagonista- que hay muy pocas y nos vamos a ver negros para armonizar la escena con el naufragio.

-Si decía que tenía todo preparado...

-Ya, ya. Eso decía en Madrid, pero cuando llegamos aquí ayer, nada de nada...

-Buenos, pues adelante. Sigán con su trabajo. Yo, si les apetece, encargo en ese chiringuito una paella para comer...

-Se lo agradecemos, pues algunos estamos hambrientos. Claro como D. José María –dijo uno de ellos- a penas come, le basta con beber cerveza, cree que nosotros nos alimentamos del aire. Y, ni nos da comida ni con qué comprarla...

La escena de la balsa en cuestión, debía representar una larga travesía, más propia de río que del mar, sobre la que una familia del oeste americano huía de no sé que clase de enemigo. La balsa, acosada por un fuerte oleaje, se había quebrado y, en su deriva, entre las traviesas desencajadas de su lugar, había aprisionado por las piernas al protagonista. Tal hecho se suponía que sucedía en la costa; pues la esposa había conseguido saltar a tierra e ir, en un carricoche –o calesa- tirado por sendos caballos, a buscar la necesaria ayuda. ¿Dónde? Ni el mismo director había previsto tal cosa. Por ello, se recreó acumulando minutos en las dos secuencias aquí descritas.

Era tan difícil mantener atrapado al protagonista con las traviesas, como evitar que éstas fueran arrastradas mar adentro, donde, lógicamente, no estaban en condiciones para rodar.

El cámara había de preocuparse de que las salpicaduras del agua no empaparan su máquina; las pocas personas que habían de mantener en condiciones la balsa, dado lo alterada de la marea, eran insuficientes para la debida toma.

Hube de, como un extra más, meterme en el agua y esforzarme en mantener enlazados los tablones.

Me vestí un mono que llevaba en el coche y me lancé a la aventura. Colaboré lo suficiente como para que el cámara hiciera, después de muchos intentos, una toma dada por válida. ¡Bueno! Dada por válida por los chapuceros que resultaban todos cuantos intervenía, incluido yo.

Después de tal “proeza” fuimos a degustar la paella. Vi tanta necesidad de comer por parte de casi todos, que no me importó no comer lo debido, para que otros satisficieran mejor su hambruna...

Cuando a media tarde llegó el “bueno” de Zabalza el trabajo se había terminado y, el que más y el que menos, mostró su desagrado por su marcha.

-¿Y qué has conseguido en Hendaya?- le pregunté.

-¡Nada! Mi amigo francés considera imposible hacer lo que yo pretendía.

-¿Y para eso has ido? –le reproche- Podías haber hecho la gestión por teléfono y te hubieras ahorrado el viaje.

Le pedí la nota de los gastos ocasionados, y le di las pesetas para que los pagara...

Había decidido no darle dinero por adelantado. Y, desde entonces, le daba el dinero de acuerdo con las facturas o notas a pagar. Inspiraba poca confianza su aplicación a lo previsto de antemano.

José María Zabalza, a más de sus propias irresponsabilidades, tenía que soportar las de su esposa. Una argentina, de armas tomar. Poco antes de entrar en relación con ellos, ella –por lo que supercibía cierta cantidad de dinero de Argentina. La enorme crisis económica de la Argentina dio al traste con estos envíos. Y parece ser que el dinero que aportaba el quehacer de Zabalza no alcanzaba a mantener los gastos de las cuatro personas que formaban la familia: el matrimonio y dos hijas de 12 y 14 años entonces.

Esto la obligaba –o justificaba- su afán desmedido por hacerse con dinero. Yo fui uno de los que hube de mantenerme firme ante sus solicitudes. Zabalza, su marido, era incapaz de imponerse a ella, y, por ello, de nada servía que yo me quejara a él del acoso a que aquella me sometía.

A estas alturas de la película, José María Zabalza me había mostrado su personalidad: Una personalidad generada por “Un quiero y no puedo” de grandes proporciones. Su extraño carácter dejaba ver que no era una mala persona; pero tenía la mala naturaleza, o malos hábitos, de generar todo tipo de problemas a quienes con él se relacionaba. Sobre todo en el campo del cine.

Tanto le comprometía su amor hacia el cine, que se creía capaz de hacer grandes filmes. Y soñaba y soñaba noche y día con ello. De ahí, que decidiera pasar de simple espectador a productor y director de cine. ¡Todo un sueño! para él.

Y, sin duda, entonces también para su familia, ya que ésta fue la que le ayudó económicamente en su primera película, rodada en Irún, de donde él, sus padres y hermanos eran naturales. Su familia, por lo que supe, era acomodada y prestigiosa.

Y, claro, en el País Vasco, hacer cine –aunque fuera tan malo como el de Zabalza- tenía su mérito y, pasaba a ser un motivo de orgullo para sus naturales; orgullo que, naturalmente, pronto desaparecería de tan digna familia.

Cuando regresamos de Orio, lo primero que hicimos, fue visionar en Foto Film cuanto habíamos rodado.

Nunca he olvidado los dolores de estómago que padecí en mi época de emigrante, recién llegado a Tolosa, cuando apenas alimentado y trabajando horas y horas en una fábrica de tornillos, metiendo y sacando tirafondos, llegaba las once de la mañana y mis tripas hambrientas me denunciaban su desnutrición.

Algo parecido sentí entonces tras el visionado y no por falta de alimento. Lo que estaba viendo no me gustó nada. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Nos acompañaba en el visionado un alto responsable de los laboratorios. El me conocía y sabía de la importancia que como exhibidor tenía. Varias veces me miró, compadeciéndome. Hasta intuí algo así:

“¡Pobre Olmos!, en la que se ha metido”.

Pero, después de todo, lo peor fue cuando, al terminar y mirar la duración de lo que habíamos rodado, comprobé que no llegaba ni a la hora...

Toda película que optara a licencias había de durar, como mínimo, 75 minutos. ¡Trágame tierra! Si después de haber gastado casi todo el presupuesto, sólo habíamos rodado eso, ¿cómo íbamos a terminar los minutos que faltaban?

Para mí, llegado a tal punto, me importaba poco o nada el que la película fuera un engendro. Lo que más me preocupaba era que teníamos necesidad de una licencia para poner en explotación un buena película americana, “Safari en Texas”, y ¿cómo y de dónde íbamos a sacar el dinero necesario para ello?

Hablando con Zabalza sobre el problema, me sugirió la posibilidad de rodar una persecución tipo del Oeste cerca de Colmenar, donde podíamos contar con los caballos de su amigo, utilizados, normalmente, para el rodaje de películas.

-Y ¿Cuánto dinero querrá cobrarnos? –le pregunté.

Se puso a pensar y, sin hacer ningún uso de apuntes de cálculo, me soltó:

-Medio millón de pesetas...

Me quedé mirándole como enemigo, y, cabreado como estaba, le dije:

-¿Y de dónde voy a sacar ese dinero? ¿Y para qué si la película es una mierda?

Ni se inmutó. Todo lo contrario, como si lo tuviera pensado, me dijo:

-Mira a ti lo que te importa son las licencias, ¿no? Pues, en cuanto que consigas el certificado correspondiente en el Ministerio, ya tienes tres licencias; otra, en cuanto que la hayas exhibido en tus cines de Cáceres, Ciudad Real, Toledo, Avila y Cuenca. Con lo que suman 4 y contar con cuatro licencias vale mucho. Te lo digo yo que de eso sé un rato.

En parte me convenció. Ahora lo que faltaba era que yo convenciera al consejo de JUVENSA, para disponer de ese medio millón de pesetas que hacía falta.

Reuní al Consejo de Administración y, con los mismos razonamientos que los empleados por Zabalza, les convencí. Disponía de medio millón de pesetas para seguir apostando por esas necesarias licencias.

Así que, Moisés échate al campo de nuevo a rodar sueños. Sueños, sí, pues dudaba de que Zabalza fuera capaz de hacer las cosas tal y como las pensaba. Mas he aquí que, al ir a contratar los caballos y jinetes necesarios, todos le pidieron el dinero por adelantado, de lo contrario, le dijeron, ¡no habría caballos!. Debo decir que Zabalza debía al dueño de los caballos el dinero de la anterior correría y, claro, ahora quería servirse de este nuevo servicio para liquidar aquella deuda y no aumentarla. Ello supuso más de la mitad del medio millón presupuestado.

Pero lo malo no fue eso. Lo malo fue que sí, se rodaron unas cuantas escenas; pero, carentes de guión y la dirección conveniente, eran tan poco válidas que, cuando las visionamos, no había por donde cogerlas. Aprovechando al máximo, quedaron válidos 8 minutos de los 20 rodados.

¿Y ahora qué hacíamos? Nos habíamos gastado el dinero disponible, sí, pero con esos 8 minutos la película no llegaba a los exigidos por la Ley para adquirir la categoría de “Largometraje”.

Pasé los peores momentos del desastroso rodaje. Pues quedaba claro que si no conseguíamos las licencias de nada servía los cerca de 5 millones de pesetas gastados. Lo que, en una sociedad como JUVENSA podría ser trágico, ya que los socios no estaban dispuestos a hacer otras aportaciones, pues nunca su inversión en la empresa les había producido nada.

Es decir que el riesgo era la pérdida de ese dinero y el no poder poner en explotación la película americana.

A grandes males, grandes remedios, aunque éstos vengan burlando ciertas leyes.

En el caso que nos ocupa, la causa de nuestros problemas al respecto, era que Pilar Miró, como Ministra de Cultura, de un plumazo y sin consideración alguna, había derogado el decreto en favor del cine infantil. El cine infantil, a excepción del cine de Walt Disney, comercialmente hablando, era difícil de amortizar. Cuanto más de dar beneficios.

Y es que, Pilar Miró, como tantos otros políticos surgidos de la Democracia, aborrecían todo aquello que estuviera auspiciado por la Iglesia. Y, el cine infantil por excelencia, era el que nosotros alimentábamos. Y nosotros, claro está, representábamos a la Iglesia.

Como la Ley era la que nos había traicionado y forzado a la producción de películas –cosa, para la que no estábamos preparados- una idea empezó a ocupar mi mente respecto a resolver –aunque fuera por la tremenda- el problema.

En nuestro catálogo de películas había una americana del Oeste.

“¿Y si cortáramos 15 minutos a la película en cuestión para incorporarlos a la nuestra?”

Hablé con Zabalza de ello y, ¡cómo no iba a estar de acuerdo! No sólo estuvo de acuerdo, sino que lo celebró como milagroso.

Hubo que hablar con el laboratorio de doblaje y, como un gran favor, el montador accedió a realizarlo.

Nos pusimos manos a la obra y en cuestión de días habíamos pasado al copión de nuestra película, doce minutos de la americana, con tanto acierto que, quizás, solo nosotros, que lo sabíamos, lo apreciábamos. Hay que suponer que nuestra película,

tal y como estaba rodada, admitía todo tipo de componendas, pues, vista, resultaba incomprensible e inaceptable de principio a fin.

¡Tan mala era! que, posteriormente (año 2010), apareció en internet una crítica, firmada por Juan Pedro Rodríguez Lazo, que entre otras muchas cosas desagradables sobre ella, termina diciendo: “... *todos estos enormes disparates, como entenderán, convierten “Al Oeste de Río Grande en una desastrosa película...”* Y en más de una ocasión habla de que Zabalza, según informes, la rodó borracho...

Pasó por la Junta de Clasificación sin llamar la atención. Llegue a pensar que ni la habían visionado. Tan mala, tan mala era, que de haberlo hecho y con rigor, no la hubieran autorizado.

Ese temor me tuvo en vilo y me quitó el sueño durante días. ¡Dependía tanto la vida de JUVENSA de ello!

Pero, en fin, al hacerlo se acabó la pesadilla. Nos valió tres licencias: dos al ser calificada como película española de largometraje y una tercera por haber cumplido el requisito exigido por Ley de haber sido estrenada en cuatro capitales de provincia.

Cumplir este último requisito hubiera sido imposible de no contar nosotros, en FIDES, con cines de estreno en Cáceres, Toledo, Avila, Cuenca y Soria. Me explico:

Ningún empresario responsable se hubiera atrevido a exhibirla a su público una película de tan mala calidad. Yo, como un Juan Palomo circunstancial, hice los apaños convenientes:

En Cáceres la estrené en programa doble en una sesión infantil, reforzada por un reestreno de Walt Disney; en Toledo, Avila y Cuenca la declaré y no la proyecté. ¿Cómo? Pues, en su lugar proyecté otra película de JUVENSA y, en el parte correspondiente (Relación de las películas proyectadas durante el mes y la recaudación conseguida que se enviaba al Ministerio de Cultura) puse como título el de la película de Zabalza. Yo no podía castigar a los cines referidos con la proyección de, entre nosotros los profesionales del ramo, “una película

improyetable”. El éxito de esos cines –propiedad de afiliados– dependía de mí y yo no debía perjudicarles... Igualmente, siendo los cines Espronceda y Montecarlo, explotados por JUVENSA, eludí su programación.

Que lo que hice no estaba bien? Desde luego. Pero, para mí entonces, pero era peor lo que el Ministerio de Cultura –anulando la importación de películas “De especial interés para niños”- había hecho.

JUVENSA había apostado por el cine infantil. Tan necesario, sobre todo, en aquellos tiempos faltos de programas infantiles en la televisión.

Las alegrías experimentadas en las sesiones de cine infantil que, todo festivo, dábamos en muchos de nuestros cines, eran notorias. Desde octubre hasta mayo, los llenos estaban asegurados.- Generalmente las conformábamos con programas dobles. Ello implicaba que los padres o responsables de los niños, dispusieran de más horas de diversión para sus hijos o nietos y menos de sacrificio para ellos. Las colas que se formaban a la puerta de los cines con motivo de tales sesiones infantiles, eran espectaculares... También en Madrid JUVENSA explotó tres cines: Barceló, Espronceda y Montecarlo. En su momento pocos niños del Centro de Madrid dejarían de ir alguna vez a dichos cines.

Que Pilar Miró, de un simple plumazo, hubiera forzado la quiebra de nuestra Empresa, nos dolió mucho. Sobre todo a mí...

Seguimos luchando pero como habíamos quedado desmoralizados por la experiencia con Zabalza, nunca pensamos volver a producir. Y, sin producción de películas Nacionales no podíamos importar los títulos convenientes a nuestro fin.

A la película la quedaba pendiente de aplicación una licencia. Licencia que negocié con una distribuidora necesitada como nosotros de ellas por la cantidad de un millón de pesetas. En alquileres, si los hizo, nunca cobramos nada.

En este ínterin, un día me llegó una cita de la Magistratura de Trabajo en la que me informaban de una demanda presentada contra JUVENSA por el artista que había abandonado el trabajo porque no se le pagó lo estipulado.

Mi hija, abogada, fue la que nos representó en el juicio.

Según ella, el acto tuvo mucho de cómico. Hasta el juez no pudo evitar reírse. Parece ser que Zabalza –que también estaba como demandado- le dijo que no le había pagado porque había abandonado el trabajo antes de finalizar el rodaje.

-Lo abandoné porque no pagaste lo que habíamos acordado –contestó.

- Y yo no te pagué por abandonarlo. Tuve que recomponer el personaje.

-¿Y a quién distes el papel? –respondió el artista a sabiendas de que nadie había ocupado su papel.

-A nadie, simplemente, te maté.

-¿Cómo que le mató? –preguntó el juez.

-Montando un simulacro de pelea, en la que el personaje que interpreta muere en un tiroteo.

-A ver, a ver, cuéntemelo –insistió el juez con la sonrisa saliéndosele de la cara, al igual que a los presentes, excepción hecha del interesado.

La verdad es que Zabalza contando escenas de la película era singular. Resultaban mucho más interesante contándolas que visionadas.

El juez, es de suponer, que se diera cuenta de la inconsistencia de la demanda –ello formaba parte de la farándula propia de la profesión- y, dando pábulo a lo oído, buscaba una motivación jocosa para dar por finalizada la sesión.

Yo siempre, siendo el que pagaba todo, evité que JUVENSA apareciera como productora. Lo cual prevaleció ante el juez. Y por ello y gracias a ello, nos exoneró de toda responsabilidad.

José María Zabalza murió en 1985 (tenía 63 años). Murió de cáncer y, sospecho, que ya cuando rodaba la película lo sufría y sabía. Es, posiblemente, la razón de un comportamiento tan anormal que tuvo durante todo su rodaje.

Era inteligente. Quizás demasiado. Se dedicó al cine porque difícilmente hubiera sido capaz de funciones ordinarias. Se le podía calificar de iluso y soñador. Siempre soñó, creo yo, con hacer la película que no hizo. Obligado a hacer un cine de compromiso, mentalmente se ofuscó y nunca estuvo, como se suele decir, “con los pies en el suelo”.

Fueron varias las películas que malogró por verse obligado hacerlas por necesidad. Ya he dejado dicho que estaba casado con una argentina. Que –según me dijeron- era compositora. Sin ir más lejos, cobraba por la que, según dijo, “había compuesto por encargo de su marido”. Entiendo poco de música, aunque la siento muy bien. Para mí, la música que incorporó a nuestra película era tan desafortunada que, dado como era todo el entorno de Zabalza, siempre sospeché que era un simple plagio.

Cuando Zabalza murió, su esposa apareció por la oficina para darme la noticia y pedirme cuentas de la película. Le dije que la había vendido. Me pidió la dirección de la distribuidora a la que se la había vendido y, por lo que supe después, allí se fue ciega.

La señora quería que la pagáramos los importes de los alquileres, argumentando que la película era de su marido.

Al poco tiempo me llamó el director de la nueva distribuidora, extrañado y molesto por la visita de la esposa de Zabalza.

Le tranquilicé diciéndole que no la hiciera caso, que todo estaba en orden y que la licencia estaba a nuestro nombre.

*Esta es la historia del rodaje de AL OESTE DE RIO GRANDE,
una película que nunca debió hacerse, pero que la Ley obligaba y,
consecuentemente, auspiciaba estos desatinos...*

Autor:
Moisés Olmos Serrano
Madrid 2011

